

R. L. STINE

pesadillas

Peligro en las profundidades II



Aquí hay pez encerrado...

se

Billy Deep y su hermana están pasando otras vacaciones de verano en el Caribe a bordo del fenomenal laboratorio flotante que tiene su tío.

Billy y Sheena son muy buenos nadadores, así que quieren estar todo el tiempo que puedan dentro del agua.

Pero algo espantoso ocurre bajo sus pies.

Los peces están multiplicando su tamaño.

Sus dimensiones se vuelven monstruosas.

Lo mismo que su apetito...



R. L. Stine

Peligro en las profundidades II

Pesadillas - 56

ePub r1.1

javinintendero 17.09.14

Título original: *Goosebumps #58: Deep Trouble II*

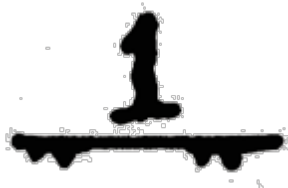
R. L. Stine, 1997

Traducción: Rosa Pérez

Editor digital: javinintendero

ePub base r1.0





«He vuelto». Eso fue lo que pensé cuando subí a bordo del *Cassandra* para pasar otras vacaciones de verano en el Caribe.

«Sí, yo, William Deep hijo, el explorador submarino famoso en el mundo entero, he vuelto. Un año mayor. Un año más sabio. Un año más curtido.»

Inspiré profundamente el aire salado. Contemplé el mar verde cristal que me rodeaba. Mi hermana pequeña, Sheena, estaba a mi lado, pero yo ignoraba su presencia. Me estaba dando malas vibraciones, como casi siempre.

El *Cassandra*, el barco de mi tío, es un laboratorio de investigación flotante. Mi tío, el Doctor George Deep, es biólogo marino. Mis padres nos han enviado a mí y a Sheena a pasar las vacaciones de verano con él; como el año pasado.

El doctor D., así es como nosotros lo llamamos, vive en este barco durante todo el año, dedicado al estudio de los peces tropicales del Caribe. Nosotros nos lo pasamos muy bien porque podemos nadar y todo eso. Mi tío es muy simpático, y mis padres creen que estando con él aprenderemos mucho sobre ciencia y sobre la vida marina.

El verano pasado protagonicé uno de los descubrimientos más extraordinarios en la historia de la biología marina. Encontré una sirena. Una sirena de verdad.

Naturalmente, nadie me creyó. Yo no era un científico adulto sino un chico de doce años que estaba de vacaciones en el Caribe. La sabionda de Sheena pensó que estaba mintiendo y mi tío, el

doctor D., que me lo estaba inventando. No creía que existieran sirenas. Hasta que yo le demostré lo contrario.

No le contamos a nadie que habíamos encontrado un gran grupo de sirenas. Unos hombres muy malvados querían capturar las sirenas y encerrarlas en jaulas. Para protegerlas, Sheena, el doctor D. y yo decidimos mantener en secreto lo que sabíamos.

«Y ahora, ¡he vuelto! —me dije—. Billy Deep, uno de los exploradores más importantes de los siete mares. Ya no soy un crío de doce años, he cumplido los trece. Y este verano voy a encontrar algo grande. Algo todavía más fabuloso que la sirena.

»Esta vez el mundo oirá hablar de mí. Esta vez, me haré famoso. Espero.»

El coral de fuego emitía un brillante resplandor rojo. Me acerqué buceando, procurando no rozarlo, porque ya lo pisé en una ocasión. Recuerdo que me abrasó el pie y vi las estrellas.

Contemplé el arrecife de coral. Peces fosforescentes entraban y salían como rayos de los delicados orificios. Era precioso. Allí, bajo el agua, todo parecía estar en calma, en paz.

Pero yo sabía que ocurría algo. Era un buceador experto, un héroe submarino. Un principiante no habría notado nada, ni la leve ondulación del agua, ni siquiera la forma en que los peces desaparecieron de repente.

Sin embargo, para mí no pasó desapercibido. Presentí el peligro. Noté que algo se avecinaba. Algo horrible.

2

Me volví vertiginosamente... y me encontré cara a cara con el intruso.

¡Un pulpo gigante!

—¡AAAAAH!

Al gritar, se me salió de la boca el tubo de bucear. ¡Un pulpo! Ascendía hacia la superficie; era una masa de color púrpura ¡tan gran como yo!

Volví a ponerme el tubo, y empecé a bracear frenéticamente para alejarme de él, pero antes de avanzar un solo milímetro, note que algo frío y blando me rodeaba la garganta. Era un tentáculo del grosor de un brazo humano.

—¡Oh, no!

Sus ventosas se me adhirieron a la piel. Empezó a tirar de mí a arrastrarme hacia el fondo.

—¡No!

Sin aire en los pulmones, saqué la cabeza fuera del agua, y pedí ayuda con un grito entrecortado. Noté que otro frío tentáculo me rodeaba la cintura. Y luego otro que se ceñía a mi pecho.

Braceé y pataleé. Pero aquella enorme criatura tenía demasiada fuerza. Sus grandes ventosas se me adherían cada vez más a la piel.

Los tentáculos me arrastraban hacia abajo, me hundían... Hasta que todo se volvió de color negro.

—¡No! ¡No!

No estaba perdiendo el conocimiento. La nube negra que me envolvía era la tinta del pulpo.

Cerré los ojos. Me retorcí y revolví. Pero los tentáculos me arrastraron con más fuerza. Tiraron de mí hacia el interior de la nube negra.

Tosí y escupí. Me debatí con todas mis fuerzas para salir a la superficie. El agua, teñida de tinta negra, se agitaba y arremolinaba. Las grandes ventosas del animal se me hincaron en la piel desnuda. Los tentáculos me apretaron..., me comprimieron las costillas, el estómago.

No podía respirar ni tampoco moverme.

«Me está arrastrando hacia el fondo —comprendí—. ¡Estoy perdido! ¡Estoy perdido!»

Tenía los pulmones a punto de estallar.

«¡No! —medité—. ¡No puedo morir así! Debe de haber alguna forma de que el pulpo me suelte.»

En un último intento desesperado, conseguí liberar el brazo derecho.

«Y ahora, ¿qué? Y ahora, ¿qué?»

Alargué un dedo hacia su palpitante vientre púrpura.

Ante mis ojos discurrieron estrellas rojas y amarillas. Sabía que me quedaba muy poco tiempo. Iba a desvanecerme en cualquier momento.

Acerqué la mano a aquel inmenso cuerpo palpitante. A punto de flaquearme las fuerzas, crispé los dedos.

«Por favor, que funcione —supliqué—. Por favor...»

Y empecé a hacerle cosquillas.

3

Le hice cosquillas en el vientre púrpura.

«¡Cosquillas, cosquillas!»

El pulpo se retorció.

«¡Cosquillas, cosquillas!»

Los tentáculos se relajaron.

«¡Sí! ¡Sí! ¡Funciona!» El pulpo tenía cosquillas.

Su enorme cuerpo se convulsionó, y me soltó.

—¡Basta, Billy! —gimoteó el pulpo—. Detesto tus estúpidas bromas. ¡Deja de hacerme cosquillas! —entonces, el pulpo me pellizcó.

Vale, vale. No era un pulpo sino mi hermana pequeña, Sheena, que siempre me agua la fiesta. No tiene imaginación. No le gusta nada fingir.

Lo cierto es que de pulpo tiene bien poco.

Se parece mucho a mí, en realidad: delgada, con el pelo liso y moreno. Ella lo lleva largo y yo corto. Los dos tenemos ojos azules y cejas muy pobladas.

Ella es más pequeña que yo; sólo tiene once años. Pero a veces se comporta como una señora mayor, ya que detesta los juegos y le gustan los hechos objetivos.

—¿Qué fingías esta vez? —se burló Sheena—. ¿Que eras un pez cosquillas?

—No es asunto tuyo —le respondí. Ella nunca admitiría que yo era un gran explorador submarino. ¿Se le había olvidado lo de las sirenas?

Daba lo mismo. Otras hermanas admiran a sus hermanos mayores, pero Sheena no. Si le dijera que me estaba imaginando que ella era un pulpo, no pararía de burlarse de mí.

—¡Eres tonto, Billy! —se lamentó.

Insultando a un gran explorador submarino. ¿Será posible?

—Te vas a enterar —le respondí, desafiante.

Me encanta hacerle jugarretas. No es fácil engañarla, pero se me había ocurrido una que le pondría los pelos de punta.

Nadé hasta el bote. Me quité las gafas de bucear y subí a bordo del *Cassandra*, un barco grande y robusto, de unos quince metros de eslora, con una amplia cubierta. En el interior se encontraban los laboratorios de investigación, la cocina y unos cuantos camarotes para dormir. La cubierta de color blanco, totalmente vacía, se ondulaba a la luz del sol. Eran las doce del mediodía aproximadamente.

«El doctor D. debe de estar abajo —pensé—. Perfecto.»

No quería que me viese y me echara a perder la jugarreta.

Rebusqué debajo de un montón de chalecos salvavidas, y saque un almohadón cuadrado de vinilo gris que había escondido allí. Mire hacia el arrecife, donde Sheena estaba buceando. No me veía. Estupendo.

He aquí mi plan: iba a nadar bajo el agua, sujetando el almohadón gris encima de la cabeza. Lo llevaría con una de las esquinas hacia arriba. ¡Bingo! Como si fuera una aleta de tiburón.

Luego nadaría hacia Sheena tan rápido como pudiera. ¡Pensaría que un tiburón iba derecho hacia ella! Le iba a dar un susto de muerte. Estaba impaciente por oírla gritar que fuera a socorrerla.

—Veremos quién es el tonto —murmuré para mis adentros.

Volví a meterme sigilosamente en el agua.

Sujetando el almohadón para que pareciera una aleta de tiburón, empecé a avanzar. Nadé bajo el agua hacia el arrecife. Hacia Sheena.

Al cabo de unos instantes, salí para respirar.

Aún no me había visto. Alzando la «aleta de tiburón», me acerqué poco a poco bajo el agua.

En ese momento los oí por fin. Los chillidos.

—¡Un tiburón! —aullaba Sheena—. ¡Un tiburón!

«¡Ja! ¡ja! ¡Qué pulmones, Sheena!»

¡Por fin había engañado a esa resabida!

—¡Un tiburóoon! —volvió a aullar mi hermana.

Yo ya no podía resistir más tiempo debajo del agua. Tenía que salir a la superficie para poder reírme en sus narices.

Saqué la cabeza fuera del agua.

¿Eh? Sheena nadaba frenéticamente hacia el barco. Seguía chillando como una loca. Pero no miraba en mi dirección, ya que ni siquiera me había visto.

—¡Un tiburón! —volvió a gritar. Señaló angustiosamente hacia el arrecife.

Yo también la vi. ¡Una aleta de tiburón inmensa! ¡Una aleta de verdad!

4

—¿Eh? —farfullé, muerto de miedo.

¡El tiburón era tan grande como una ballena! ¿De donde había salido? El doctor D. Nos había dicho que no vivían tiburones tan grandes en aquellas aguas. ¡Supongo que nadie había informado al tiburón!

Cuando salió a la superficie, impulsado por una ola, me quede boquiabierto. Su cuerpo, de color blanco plateado, ¡era tan largo como una canoa!

Chasqueó sus inmensas mandíbulas. El CRAAAC reverberó en el agua.

—¡Aaaaah! —Solté el almohadón y nadé hacia el barco tan deprisa como pude. El pulso se me aceleró, y tuve la impresión de que el agua se volvía más densa que el lodo. ¿Por qué no podía nadar mas aprisa?

—¡Deprisa, Billy! —gritó Sheena. Volví la vista atrás.

La gigantesca aleta gris cortaba el agua como una lancha motora. El tiburón venía derecho hacia nosotros.

«¡Nada! —me ordené—. ¡Más rápido! ¡Más rápido!»

Sheena y yo nadamos hacia el barco con todas nuestras fuerzas. No volví a mirar atrás.

¡No quería ver lo cerca que teníamos a aquel tiburón tan inmenso!

Sin aliento, con las fuerzas a punto de abandonarme, llegué al *Cassandra*. Me aferré al casco. Casi estaba a salvo. Casi.

Sheena trepó por la escala delante de mí.

—¡Date prisa! —le grité. Me sujeté a la escala y giré la cabeza.

El tiburón se acercaba a toda velocidad.

Estaba tan cerca que vi sus vidriosos ojos negros y su boca, llena de dientes afilados.

—¡Sheena, venga! —chillé. Le di un empujón para que subiera al barco y trepé por la escala.

—¡Bien! ¡Lo hemos conseguido! —exclamó Sheena.

Medio asfixiado, resollando, me asomé a la barandilla.

¡El tiburón venía hacia nosotros! ¡Como un submarino armado con dientes!

—¡NOOOO! —grité cuando aquel pez enorme embistió contra el casco del barco.

—¡NOOOO!

El *Cassandra* se bamboleó y se inclinó. Me sujeté a la barandilla con todas mis fuerzas.

—¡Agárrate, Sheena! —grite—. ¡Nos está atacando!

Me preparé para otra sacudida, pero no ocurrió nada... El tiburón desapareció en las aguas arremolinadas.

Mi tío apareció en cubierta con expresión de perplejidad.

—¿Qué pasa? —gritó.

Sheena yo corrimos hacia él, chillando.

—¡Un tiburón! ¡Un tiburón!

—¿Qué? —El doctor D. contempló el mar.

Ahora, el agua estaba en calma. Suaves olas rompían contra el casco del barco.

El monstruoso tiburón había desaparecido.

—Billy, ahí no hay nada. ¿De qué estás hablando? —preguntó mi tío.

—¡Había un tiburón! ¡Un tiburón enorme! ¡Nos ha perseguido! —gritó Sheena casi sin aliento—. ¡Ha chocado con el barco!

—¿Un tiburón? —El doctor D. negó con la cabeza—. Imposible. Es imposible que un tiburón zarandee el barco de esa manera.

—¡Es que era enorme! —chillé—. ¡Como diez tiburones juntos!

—¡Como veinte! —exclamó Sheena.

—Ya os lo he dicho —afirmó mi tío, rascándose la calva—. Lo he comprobado con el radar, con todos mis detectores de sonido. En esta zona no hay tiburones grandes.

Me miró a los ojos y me preguntó:

—¿Estás seguro de haber visto un tiburón?

—¡Lo estamos! —insistió Sheena. Ambos sabíamos que mi tío la creería a ella antes que a mí.

—Venid conmigo al laboratorio, chicos —nos pidió el doctor D.

Lo seguimos bajo cubierta a uno de los laboratorios. Mi tío señaló hacia un enorme tanque situado en un rincón, en el cual había un pez plateado del tamaño de un perro grande.

Sheena sofocó un grito.

—¡Caramba! ¡En mi vida he visto un pez como ése!

—Ni yo —convino el doctor D. con seriedad—. Eso es lo que me preocupa.

Miré al pez mientras nadaba por el tanque de agua. Me resultaba vagamente familiar, pero no sabía por qué.

—No sé identificarlo —prosiguió mi tío—. Nunca he visto un pez de este tamaño con este aspecto. ¡He consultado todos mis libros, pero no lo encuentro!

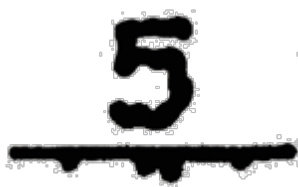
Señaló hacia una pila de libros sobre biología marina. Elegí uno y lo hojeé. Tenía un montón de páginas con formidables fotos en color de todo tipo de peces.

El doctor D. miró por encima de mi hombro mientras yo examinaba el libro.

—No puede estar en ese apartado, Billy —observó—. Todos esos peces son diminutos.

Volví una página, buscando el apartado de peces grandes. Luego pasé otra página y me quedé boquiabierto. Mi tío me apretó el hombro al ver la fotografía.

—¡No! —exclamó—. ¡No puede ser!



—¡Es un arenque enano! —exclamó el doctor D.—. ¡Pero eso es imposible!

Leí el pie de la fotografía: «Arenque enano, tres centímetros de longitud.» A continuación, miré el pez que había en el tanque. ¡Media más de un metro de largo!

Mi tío entornó los ojos mientras estudiaba el pez.

—¿Cómo es posible que un arenque enano crezca tanto? —se preguntó en voz alta—. Debo examinarlo con más detalle.

Sheena y yo nos quedamos detrás de él, observando. Mi tío examinó la ilustración con una lupa. Luego paseó la mirada por el inmenso arenque enano, estudiando sus escamas, comprobando todos sus rasgos.

—Los rasgos son exactamente los mismos —musitó mi tío.

—¿Me dejas comprobarlo? —preguntó Sheena.

—Claro. —El doctor D. le pasó la lupa.

»Un arenque enano —murmuró mi tío—. ¿Cómo es posible que este pez gigantesco sea un arenque enano? Se supone que debe ser pequeño como tus pececillos de colores.

—¡Mis peces! ¡Uy! —grité—. ¡Se me ha olvidado darles de comer esta mañana!

—Será mejor que les echés comida —me aconsejó mi tío.

Me dirigí a la puerta del laboratorio. De camino, vi un armario lleno de frascos de vidrio.

—¿Qué hay dentro, doctor D.? —le pregunté.

Mi tío apartó la vista del inmenso arenque enano para mirarme.

—Ah, eso es plancton —respondió—. Está compuesto de plantas y animales diminutos que se agrupan y flotan en el agua. Es el alimento de muchos peces. He recogido las muestras en estas aguas.

Alcé un frasco. Lo único que se veía era agua turbia de color marrón con una viscosa capa verdosa flotando en la superficie.

—¡Qué asco! —exclamó Sheena, al mirar el plancton con la lupa.

—Anda, llévate un frasco, Billy —sugirió mi tío—. Dales un poco a tus peces. Les encantará.

—Gracias, doctor D. —Con el frasco en la mano, me alejé por el pasillo hacia mi camarote.

Al abrir la puerta, dije:

—¡Hola, caritas de pez! ¡Os he traído una sorpresa deliciosa!

Pero los peces me tenían reservada una sorpresa mayor. Mucho mayor.

Miré la pecera, y a punto estuve de que el frasco de plancton se me cayera de las manos.

Luego exclamé:

—¡NO!

Salí corriendo del camarote.

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Doctor D.! —grité—. ¡En mi pecera hay una cabeza, una cabeza humana!

6

El doctor D. y Sheena salieron corriendo del laboratorio. Me volví un momento para mirar la puerta de mi camarote y ¡plaf!, choqué con Sheena.

—¡Ay! —gimoteó ella—. ¡Mira por donde vas, Billy!

—Billy, ¿qué pasa? —pregunto el doctor D.

—¡Una cabeza! —exclamé con voz entrecortada, señalando frenéticamente hacia mi camarote.

Me costaba respirar. Tenía el estómago revuelto.

—¡Oh, es increíble! ¡En-en mi pecera, hay una cabeza humana!

Mi tío frunció el ceño y se dirigió con decisión a mi cuarto. Sheena y yo lo seguimos.

Abrió la puerta, y se quedó donde estaba, boquiabierto.

—¡Fijaos! —grité.

La cabeza nos observaba a través del cristal, con los ojos abiertos de par en par.

¿Cómo podían quedarse mirándola así? Me estaban entrando ganas de vomitar. Tragué saliva y aparté la vista. Mi hermana se echó a reír.

¿Se reía?

—¿Qué te pasa, Sheena? —le pregunté—. ¿Qué te hace tanta gracia?

Mi hermana atravesó la habitación y metió la mano en la pecera.

—Sheena, ¡no! —le advertí—. ¡No la toques!

Sin dejar de reír, sacó la cabeza, sujetándola por el pelo, y luego la balanceó; estaba totalmente empapada.

—¡Oh, noooo! —gimoteé. Miré la cabeza horrorizado.

Ahora lo veía con claridad. Ahora era consciente de que, después de todo, no era una cabeza humana sino la de una muñeca.

—¡Te la he devuelto! —se mofó Sheena—. ¡Te la he devuelto por todas las jugarretas que me has hecho este verano!

El doctor D. sonrió con malicia.

—Casi me has engañado a mí también —confesó—. Con el agua de la pecera, la cabeza de la muñeca parecía más grande de lo que en realidad es. Muy logrado, Sheena.

—Gracias, doctor D. —Mi hermana hizo una ligera reverencia.

Noté calor en las mejillas, y supe que se me estaban subiendo los colores. Me sentía ridículo. ¡No es propio de mí caer en una broma tan tonta!

Además, se supone que el bromista soy yo, no Sheena.

Al mirar la pecera, noté que faltaba algo.

—¡Eh! —exclamé—. ¿Dónde están mis peces? ¿Y dónde está mi caracol?

Sheena se encogió de hombros.

—¿Qué les has hecho? —demandé, agarrándola por el cuello.

—Está bien, está bien, no te preocupes —respondió. Se apartó de mí—. Los he puesto en una pecera más pequeña y los he dejado en el cuarto de baño.

—Bueno, ¡ve a buscarlos! —le insistí, enfadadísimo.

—Ya voy, ya voy —aceptó Sheena. Me trajo mis peces y mi caracol y los devolvió cuidadosamente a su pecera.

—¡No vuelvas a tocarlos jamás! —le ordené—. No quiero que les pase nada.

Los observé durante un minuto mas o menos. No tenían buen aspecto.

—Les pasa algo —observé, sacudiendo la cabeza.

—Dales un poco de plancton, Billy —me sugirió el doctor D.—. Eso debería reanimarlos al instante.

Destapé el frasco y vertí en la pecera un poco de aquella sustancia viscosa. Los peces ascendieron a la superficie como un rayo y se pusieron a comer. Parecían mucho más contentos.

—¡Caramba! —dije—. ¡Les encanta!

—Me lo imaginaba. —Mi tío sonrió, pero se le enturbió la

mirada—. Bueno, chicos, basta de bromas, por favor. Me voy al laboratorio para examinar ese inmenso arenque enano. Y no quiero que nadie me moleste.

—No haremos ruido —prometió Sheena.

Mi tío apenas dio la impresión de haberla oído.

—Aquí está pasando algo extraño —musitó—. Algo verdaderamente extraño...

¡Cómo íbamos a imaginarnos que nos iba a suceder todo eso!

7

Recorría la cubierta de arriba abajo una y otra vez, devanándome los sesos. Estaba impaciente por vengarme de Sheena después de la jugarreta de la muñeca.

Ella se había mostrado nerviosa durante el resto de la tarde, esperando a que yo me tomara la revancha. Sin embargo, no se me había ocurrido nada lo bastante ingenioso. Había estado pensando durante toda la noche, hasta quedarme dormido.

Un día después, Sheena había bajado la guardia. A lo mejor se había olvidado de que le tocaba repetir.

«¿Cómo podría ponerle los pelos de punta? —preguntaba yo—. ¿Cómo podría asustarla y hacerla chillar como una loca?»

Con el truco de la aleta de tiburón me había salido el tiro por la culata. ASÍ pues, en realidad le debía dos jugarretas.

«¿Y si le metiera algo asqueroso dentro de la cama?»

El sol matinal era fortísimo. En verano hacía mucho calor en el Caribe. Empezó a dolerme la cabeza.

Pero, al final, se me ocurrió una idea genial para vengarme de Sheena.

Fui a buscar el equipo de buceo y me lo puse. Decidí irme sin ser visto para explorar un poco. El doctor D. quería que nos quedásemos cerca del barco, pero nos había pedido que no lo molestáramos, así que bucear parecía una buena idea.

Con las gafas y el tubo puestos, empecé a bajar la escala del barco.

—¡Te he pillado!

La voz chillona de Sheena me perforó los tímpanos. Siempre me descubriría haciendo algo.

—¿Adónde vas? —preguntó—. El doctor D. nos dijo que no debíamos alejarnos.

—No iré lejos —insistí—. Tengo calor y me aburro. No puedo seguir en cubierta ni un segundo más.

—Entonces voy contigo. —Sheena recogió las gafas de bucear y empezó a ponérselas.

Yo salté al agua. Ella me siguió.

—No deberíamos hacer esto —susurró—. ¿Y si vuelve el tiburón?

—El tiburón ya no está —anuncié—. No te preocupes. No va a pasarnos nada malo.

—¿Me lo prometes? —preguntó, bajándose las gafas de bucear.

—Sí, claro. Te lo prometo —respondí yo.

El sol brillaba y todo se hallaba en calma.

El mar parecía una balsa. ¿Qué podía ocurrir?

Sheena y yo avanzamos por la superficie del agua, que centelleaba a la luz del sol. Esperábamos ver un montón de pececillos preciosos, pero nos encontramos con algo diferente.

Algo que no podíamos imaginarnos ni de lejos.



Hundí a Sheena en el agua. Cuando salió para respirar, grité:

—¡Un tiburón! ¡Un tiburón!

Sheena me golpeó en la cabeza con el puño.

—Ni se te ocurra bromear sobre ese tema, Billy.

Aun así, vi que miraba con nerviosismo a su alrededor. Yo también escudriñé el horizonte. No se veían aletas por ninguna parte.

Un banco de peces amarillos pasó a nuestro lado, centelleando como soles diminutos en el agua. Muy despacio, los seguí hacia el arrecife de coral.

«Caramba —me dije—. En este sitio el coral ha creado unas siluetas formidables.» Los peces atravesaron un gran círculo y rodearon un pico de coral.

Los rayos de sol se filtraban a través del agua. Parecía la torre de un castillo de arena mágico.

Un cangrejo diminuto asomó por uno de los orificios que había en la torre de coral. Al verme, volvió a ocultarse.

Los peces amarillos ascendieron súbitamente a la superficie, al lecho de plancton que flotaba sobre el agua. El plancton era idéntico al que el doctor D. guardaba en los frascos del laboratorio.

Vi a los peces comiendo plancton, como habían hecho los míos. Salí a la superficie y me quité el tubo.

—¡Sheena, ven a ver esto! —grité.

No obtuve respuesta.

—¿Sheena?

Oí un chapoteo al otro lado del arrecife; y luego otro más. Divisé las aletas de Sheena levantando espuma en el agua.

Nadé tras ella. Estaba mirando el fondo del mar, con las gafas de bucear puestas. Debía de estar observando alguna cosa con mucho interés. Nadaba deprisa, batiendo las aletas a un ritmo rápido y uniforme.

—¡Sheena! —insistí, pero no me oía.

Tampoco me oiría si me pusiera a su lado y le chillara al oído. A veces mi hermana es así.

Por ejemplo, cuando hace los deberes, se concentra y se abstrae de todo lo demás. Por eso saca sobresalientes en todo. Mis padres siempre alardean de eso.

Aspiré con fuerza y me dirigí hacia ella.

Tenía que alcanzarla, ya que estaba adentrándose en alta mar sin tan siquiera darse cuenta.

Mientras la seguía, la miraba a través de las gafas. ¿Qué era eso que había delante de ella?

¿Una turbulencia en el agua?

No, no era agua. Jamás había visto una cosa igual.

No parecía que Sheena la hubiera visto porque seguía nadando en su dirección, derecha hacia ella.

Me quedé petrificado cuando ¡aquella cosa empezó a moverse! Soplé para sacar el agua que se me había metido en el tubo yforcé la vista. Aquella mole se estaba acercando. Era de color rosa y tenía una textura gelatinosa. Parecía una pompa de chicle.

Avanzaba ondulándose hacia Sheena. A continuación, pareció abrirse.

Se hinchó y se abrió, se desplegó como un paracaídas rosa hasta hacerse más grande que Sheena.

«¿Qué es eso? —me pregunté—. Sheena, ¡vuelve la cabeza!» ¿Es que no lo veía? ¿No lo veía hincharse, ondularse, abrirse ante ella?

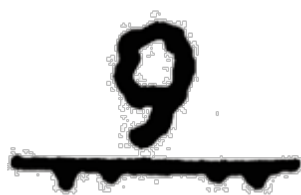
«¡Sheena! ¡Vuélvete! ¡Vuélvete!»

Quería gritar, pero no podía hacerlo bajo el agua. Así que braceé con todas mis fuerzas, batí las aletas, giré sobre mí mismo. Intente desesperadamente llamar la atención de mi hermana.

«¡Sheena! ¡Vuélvete! —pensé—. ¡Aléjate de esa cosa! ¡Aléjate... venga!»

Pero ella seguía con la mirada puesta en el fondo del mar, y nadaba directamente hacia aquella mole rosa ondulante. Sin que yo pudiera hacer nada para evitarlo, la mole la rodeó. Como una enorme almeja rosa, se abrió lentamente y la envolvió.

La apresó. La inmovilizó. La arrastró hacia sus entrañas. Y la engulló.



Durante unos instantes el horror me paralizó. Luego salí a la superficie, me quité las gafas y empecé a nadar en esa dirección.

Nadé con todas mis fuerzas hacía aquella burbuja rosa, levantando mucha espuma. Se retorció y se contorsionaba con mi hermana en sus entrañas.

«¿Qué es? —me dije—. ¿Qué puede ser?»

Entonces, al acercarme, averigüé qué era.

¡Tenía ante mí una medusa! ¡Una medusa más grande que un ser humano!

Podía ver su interior. Observé la baba blanca y gelatinosa y las venas rojas que le daban la tonalidad rosa.

También vi a Sheena ¡atrapada en sus entrañas!

Pobre Sheena. Se retorció, pataleaba y golpeaba los viscosos costados de aquella criatura.

¡Tenía la cara pegada a aquella piel surcada de venas! A través de sus gafas de buceo, vi el terror en sus ojos.

La horrible criatura la envolvía como una manta, de pies a cabeza. Sheena apretó los puños contra aquella cortina viscosa de color rosa. Me di cuenta de que no le quedaba mucho aire en los pulmones.

Tenía que hacer algo. Pero ¿qué?

Mi hermana estaba aterrorizada.

«Tendré que abrir la medusa de algún modo», decidí.

Nadé hacia aquella burbuja ondulante. Intenté agarrarla por un lado. ¡Aj! Se me escurrió de las manos. Lo intenté de nuevo.

Imposible. No podía sujetarla. Era como estrujar gelatina.

Me golpeó con aquella piel tan viscosa y pegajosa. Sheena me miraba con los ojos desorbitados a causa del pánico.

Forcejeé con aquel ser horrible, le clavé las uñas, y la medusa se onduló y palpitó, pero no se abrió.

Entonces se me ocurrió una idea. Sólo pensar en mi plan me daba náuseas, pero sabía que no tenía opción. Sheena no iba a aguantar muchos más.

Tenía que meterme yo también en las entrañas de la medusa. Tenía que entrar de alguna forma y sacar a Sheena.

Tragué saliva. Se me revolvió el estómago.

Bajé la cabeza y nadé hacia el pliegue, hacia la abertura por donde aquella asquerosa burbuja rosa se había doblado por la mitad.

«¡Allá voy! —me dije—. Voy a entrar.»

10

Primero metí las manos. Después bajé la cabeza y me impulsé hacia dentro.

La baba se me pegó a la cara. Las venas rojas me dejaron la piel en carne viva. Contuve la respiración y me abrí paso hacia los pies de Sheena. Si conseguía meter medio cuerpo y agarrarla por los pies, quizá podría sacarla de un tirón.

La burbuja palpitó, succionándome hacia sus entrañas. Yo avancé un poco más, intentando alcanzar el pie de Sheena. Tenía los pulmones a punto de reventar. No podría aguantar sin respirar durante mucho mas tiempo.

Un poco más... ¡Bingo! ¡Conseguí agarrar la aleta de Sheena!

Tiré con fuerza. Con más fuerza.

Sheena empezó a deslizarse. ¡Oh, no! La aleta de Sheena. Me había quedado con ella en la mano.

La solté y alargué un poco más el brazo.

Atrapé a Sheena por el pie, y tiré de ella. Sheena se deslizó un poco.

Volví a tirar.

«¡Venga! —pensé—. ¡Muévete!»

Pero esta vez Sheena no se movió.

La pegajosa piel rosa nos estrujó con más fuerza. ¡Tuve la impresión de que iban a estallarme las entrañas!

La medusa nos estrujaba cada vez con más fuerza. ¡Íbamos a morir!



No podía moverme. Intenté pensar en algo.

«¿Cómo puedo salir de aquí? ¿Cómo?», pensé.

Era imposible. ¡Estábamos perdidos!

«Voy a desmayarme —pensé—. Otro segundo más sin aire y...»

De repente, la medusa se aflojó. Con un horrible ruido de succión, se extendió. ¡Se abrió!

No había tiempo que perder. Agarré a Sheena y tiré de ella. Logré subir con ella a la superficie.

Sacamos la cabeza fuera del agua, ¡por fin!

¡Lo habíamos conseguido! Inspiré una enorme bocanada de aire. ¡Ahhh! ¡Qué maravilloso era volver a respirar!

El rostro de Sheena perdió su tono azulado y sus mejillas recuperaron el color.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté.

Ella asintió, esforzándose todavía en respirar con normalidad.

—¿Estás segura? ¿Puedes hablar?

Volvió a asentir.

—Sí, Billy. Me encuentro de maravilla. Mejor que nunca.

Supe que no mentía. Hablaba con la soltura de siempre.

—¿Qué ha pasado? —grité—. ¿Por qué nos ha soltado la medusa?

Sheena se encogió de hombros. Al mirar hacia el fondo a través de las aguas transparentes, vimos que la medusa se hallaba aproximadamente a un metro por debajo de nosotros.

Entonces, entendimos por qué se había olvidado de nosotros.

Divisamos otra enorme mole rosa que avanzaba ondulándose hacia ella. Se extendió en el agua como si abriera las alas. A continuación, intentó envolver a la otra medusa.

Ambas criaturas chocaron. La colisión provocó una ola que nos echó a Sheena y a mí hacia atrás. Cuando volví a mirar, las dos medusas estaban peleando. Se retorcían la una sobre la otra, se golpeaban y se contorsionaban.

Intentaban envolver a la otra, engullirla entera.

Se propinaban golpes viscosos.

Mientras peleaban, las aguas se crispaban y arremolinaban. Las monstruosas medusas se separaron y volvieron a embestirse, levantando inmensas olas a nuestro alrededor.

—¡Tenemos que regresar al barco! —grité.

Una ola rompió en mi cabeza. Tragué agua salada y la escupí.

Intentamos nadar contracorriente, pero las olas nos derribaban una y otra vez, alejándonos del barco.

Las aguas estaban tan batidas y espumosas que ya no veíamos a las dos medusas peleándose.

Pero notábamos su presencia.

Otra ola nos azotó. Miré a mi alrededor.

—¡Sheena!

¡Había desaparecido! Busque frenéticamente entre la espuma.

¿Se habría hundido? ¡ZAS! Otra ola.

—Sheena, ¿dónde estás? —aullé.

Al fin, mi hermana salió a la superficie, escupiendo y tosiendo. La sujeté y luché contra las olas. Conseguí alejarme de la estela que dejaba la pelea de las dos medusas.

Al cabo de unos segundos, Sheena y yo subíamos a bordo del *Cassandra*.

—Qué cosa tan rara —comentó Sheena cuando hubimos recuperado el aliento—. Esas medusas, ¡eran como camiones!

—Tenemos que explicárselo al doctor D., ¡ahora mismo! —exclamé.

Corrimos al laboratorio. Ni rastro de mi tío.

—¡Doctor D.! —grité—. ¿Dónde estás?

—Voy a mirar en la cocina —dijo Sheena.

Me apresuré a comprobar si mi tío estaba en su camarote. No

estaba allí. La diminuta habitación estaba vacía.

—¡No está en la cocina! —gritó Sheena—. ¡No lo veo por ninguna parte!

—¡Doctor D.! —chillé—. ¡Doctor D.!

No obtuve respuesta.

A Sheena le tembló la barbilla. Supe que estaba asustada.

Era imposible, pero cierto.

—¡Ha-ha desaparecido! —grité.

12

El corazón me dio un vuelco. ¡El doctor D. se había esfumado! ¡Sheena y yo estábamos solos en alta mar!

—¿Qué vamos a hacer? —pregunté en voz baja.

—Mantengamos la calma —declaró Sheena. Pero le temblaba la voz—. Pensemos. ¿Adónde puede haber ido? ¿Sabes? A lo mejor se está dando un chapuzón.

—¿Un chapuzón? ¿Un chapuzón? —exclamé yo, alzando la voz—. ¡Probablemente, lo habríamos visto! Además, ¿desde cuándo se da chapuzones el doctor D.? ¡En su vida!

—Bueno, siempre hay una primera vez —sugirió Sheena. Paseaba la mirada con nerviosismo. Era evidente que estaba pensando, intentando conservar la calma.

—A lo mejor ha salido con el bote —sugirió. Mi tío tenía un pequeño bote en cubierta para recorrer trayectos cortos—. Vamos a ver si está. A lo mejor ha salido a buscarnos.

—Buena idea —al menos, era un resquicio de esperanza al que aferrarnos.

Subimos corriendo a cubierta. Crucé los dedos, deseando no ver el bote.

Si no estaba, era probable que a mi tío no le hubiera ocurrido nada. Pronto estaría de regreso. Pero si el bote seguía atado en cubierta y mi tío no se hallaba a bordo del *Cassandra*...

Entonces, ¿qué?

Fui corriendo a popa y miré hacia la derecha.

—¡Oh, no! —suspiré.

El bote estaba en su sitio. Mi tío no se lo había llevado.

—Billy, estoy asustada —susurró Sheena.

Yo también lo estaba, pero no quería admitirlo. No todavía, al menos.

—Vamos a mirar otra vez en todos los camarotes —sugerí—. A lo mejor está en el cuarto de baño o algo así. Tal vez no nos ha oído cuando lo hemos llamado.

Sheena bajó detrás de mí las escaleras que conducían al interior del barco. A medio camino, la barandilla empezó a vibrar.

—¡Para ya, Sheena! —le espeté.

—¿Que pare qué? —gritó ella.

Ahora, toda la escalera vibraba.

¿Qué estaba haciendo mi hermana? ¿Dando brincos? Me volví para averiguarlo. Sheena estaba como una estatua.

—¿Lo ves? ¡No estoy haciendo nada!

El barco se bamboleó y se inclinó.

Me agarré con fuerza a la barandilla para no caerme.

—¿Qué pasa aquí? —grité.

13

—¡Un terremoto! —aulló Sheena.

—¿Cómo va a ser un terremoto? —le dije enfadado—. ¿Es que no sabes que estamos en el agua?

Bajamos corriendo las escaleras. El barco se inclinó y los dos nos dimos contra la pared.

Pasamos junto al laboratorio. Los frascos de plancton saltaban en el interior del armario.

Todo vibraba. Oí ruido de cristales en la cocina.

Giré por el pasillo en dirección a mi camarote, pero no pude seguir adelante. Algo me cerraba el paso.

Algo...

—¡AAAAAAYYYYYY! —El grito se me escapó sin que pudiera evitarlo—. ¿Qué es eso? —exclamé.

Sheena me alcanzó.

—¿Eh? ¿El qué?

Entonces lo vio ella también. ¡Era imposible no verlo!

—¡Un monstruo!

Un ser enorme nos cerraba el paso. Era brillante, negro, liso, y casi perfectamente esférico. Estaba rodeado de un nauseabundo charco de babas blancas.

Nunca había visto nada igual. Aunque la verdad era que algo en aquel ser me resultaba familiar.

—¿Qué es eso? —preguntó Sheena con un hilillo de voz.

El monstruo se movió, vibró y asomó la cabeza. Era larga, goteante y gris... como una babosa gigante. Tenía dos antenas en la

frente.

—Billy. —Sheena me tiró de la manga—. Es... ¡creo que es un caracol!

—Tienes razón —musité horrorizado—. Es un caracol. ¡Un caracol monstruoso y gigantesco!

—¿Cómo habrá llegado al barco? —preguntó Sheena.

—¿Cómo habrá crecido tanto? —añadí yo—. ¡Ocupa el pasillo entero!

Despacio, muy despacio, el caracol alzó su cabeza babosa. Posó sus tristes y enormes ojos acuosos en nosotros, y gimoteó.

—¡Socorro! ¡Socorro! —gritó.

14

—¡AAAAYYYY! —Sheena chilló y me estrujó la mano.

—¡Habla! —grité.

—¡Chicos! ¡Socorro! —volvió a gimotear.

—¡Nooooo! ¡Habla! ¡Habla! ¡Es horrible!

—Billy, ¡cálmate! —me reprendió el caracol—. ¡Deja de chillar!
¡Necesito ayuda!

Sheena y yo reprimimos un grito. Ambos os dimos cuenta de que no era el caracol quien hablaba sino el doctor D.

—Estoy atrapado. ¡Debajo del caracol! —dijo casi sin aliento—. No puedo respirar. Sacadme de aquí. ¡Daos prisa!

Mi tío sacó débilmente la mano por debajo del caracol. Tenía los dedos llenos de espesas babas blancas.

—Las babas... ¡son tan espesas como la espuma de afeitar! —musité yo.

—¡Chicos! ¡Daos prisa! ¡Aquí debajo no se puede respirar! Las babas... ¡se me están metiendo en la nariz!

—¿Qué hacemos, doctor D.? —preguntó Sheena.

Él no respondió.

—¡Se está asfixiando! —grité—. ¡Se está ahogando en las babas del caracol!

Se oyó un gemido bajo el caparazón de aquel caracol monstruoso.

—¡Tenemos que darnos prisa! —me gritó Sheena.

—¡Yo volcaré el caracol! —propuse—. Y tú sacas al doctor D.

—De acuerdo.

Mi tío gimoteó.

—¡Ya va! ¡Ya va! —grité.

Empujé el caparazón, pero pesaba tanto que ni siquiera se movió.

—Haz más fuerza, Billy. —Sheena estaba a mi lado, lista para agarrar al doctor D. y tirar de él.

Bajé el hombro y embestí al caracol con todo el peso de mi cuerpo.

—¡No se mueve!

—Tengo una idea —anunció Sheena—. ¡Las babas!

—¿Eh? ¿Qué pasa con las babas?

—Pueden irnos bien —explicó. Se puso detrás del caracol—. Empujémoslo los dos. ¡A lo mejor, al haber tantas babas, podemos deslizarlo hacia delante!

Oí cómo el doctor se asfixiaba debajo del caracol. ¡Estaba tragando babas!

Empezó a revolvérseme el estómago. Pero tragué saliva, contuve la respiración y alejé la sensación de náusea.

Sheena y yo nos apostamos detrás del caracol.

—¡Una, dos, tres, empuja! —chilló ella.

Empujamos al caracol con todas nuestras fuerzas. Se deslizó un poquito.

—Otra vez... ¡ya!

Volvimos a empujar.

El caracol fue deslizándose poco a poco sobre el cuerpo del doctor D. hasta dejarlo atrás.

Mi tío se puso en pie con lentitud. Estaba cubierto de pies a cabeza de pegajosas babas blancas. Tosió y escupió un gran grumo de babas.

—No saben muy bien —murmuró, meneando la cabeza.

—¡Doctor D.! ¿Qué ha pasado? —pregunté.

Se quitó las babas de los ojos.

—No lo sé. De repente, el barco empezó a agitarse. Me caí al suelo. Y antes de que pudiera darme cuenta, ¡BUM!, ¡me encontré con este gigantesco caracol encima mío!

Miré el caracol. Estaba inmóvil en el pasillo, rezumando babas. ¿De dónde había salido? ¿Cómo podía haber crecido tanto?

—Es como si hubiera caído del cielo —comentó el doctor D.

—Se parece mucho al caracol de mi pecera —observé—. Pero el mío es diminuto, como una uña.

—¡Doctor D.! —gritó Sheena—. ¡Hemos visto dos medusas gigantescas! ¡Una me ha atrapado y casi me mata!

—¿Qué? —Mi tío miró a Sheena—. ¿Medusas gigantescas? ¿Qué diablos está ocurriendo en estas aguas?

El barco se agitó.

—¡Eh! —grité al perder el equilibrio.

El barco se inclinó bruscamente hacia un lado. Todos nos dimos contra la pared.

—¿Qué pasa ahora? —gimió Sheena.

—¡Agarraos a la barandilla, chicos! —chilló el doctor D.—. ¡Estamos volcando!

15

El barco se inclinó hacia un lado. El enorme caracol resbaló por el suelo y se dio contra la pared. Las mesas se desplazaron. Los cuadros se cayeron de las paredes. Sheena, el doctor D. y yo nos golpeamos contra la pared. El barco se inclinó todavía más hasta que estuvimos prácticamente horizontales.

—¿Qué pasa? —gritó Sheena.

¡Pum! La puerta de mi camarote se abrió de par en par. Algo enorme se retorció en su interior.

—¿Qué ha sido eso? —pregunte—. ¡Algo ocurre en mi camarote! PUM, PUM, PUM. Oí unos pesados golpes en mi habitación.

—¿Qué diablos...? —murmuró mi tío.

Sheena tragó saliva.

—¡Parece algo monstruoso!

PUM, PUM, PUM.

—Voy a ver —dije.

Intenté ponerme en pie, pero la inclinación del barco me obligó a pegarme a la pared.

—¡No puedo levantarme! —me lamenté.

Sheena se deslizó de espaldas por la pared.

—¡Prueba a deslizarte!

Avancé lentamente por el pasillo. Sheena y el doctor D. me siguieron. Llegué a una puerta cerrada: la del camarote de Sheena. Intenté sortearla, pero la fuerza de gravedad era excesiva.

Me apoyé...

—¡AY!

Se abrió de golpe. ¡Estuve a punto de caerme de espaldas en la habitación!

Me aferré al marco de la puerta con ambas manos. El suelo del camarote de Sheena estaba inclinado detrás de mí. Era como estar en el Castillo del Terror de un parque de atracciones.

—¡Agárrate fuerte, Billy! —exclamó mi tío.

El suelo se inclinó todavía más. Si me soltaba, me resbalaría hacia abajo. Luego tendría que regresar al pasillo a gatas, si es que lo conseguía.

Me aferré al marco de la puerta tan fuerte como pude. La fuerza de la gravedad me arrastraba al interior del camarote de Sheena.

—¡Socorro! —Los pies empezaron a resbalarme. Noté que la madera cedía.

—¡Sal de ahí! —me instruyó mi tío—. ¡No te sueltes!

Me arrastré hacia arriba y me eché hacia la izquierda. Me di un espaldarazo contra la pared del pasillo. Lo había conseguido. Había pasado la habitación de Sheena. Ahora sólo tenía que deslizarme por el pasillo hacia mi camarote.

PUM, PUM, PUM. Otra vez oí los golpes en el interior de mi camarote.

Detrás de mí, Sheena y el doctor D. Intentaban sortear la puerta abierta del camarote de Sheena.

Al fin llegué a mi camarote. Los golpes se oyeron más cerca. PUM, PUM, PUM.

¿Qué sucedía ahí dentro?

Me asomé a la puerta abierta.

—¡Mis peces! —grité—. ¡Oh, nooooo!

16

La pecera estaba hecha añicos en el suelo.

Mis dos peces yacían en un charco de agua, dando coletazos. Al menos, parecían mis peces. Sin embargo, había una gran diferencia, una inmensa diferencia.

¡Éstos eran gigantescos! Ocupaban todo el camarote. ¡Eran como ballenas pequeñas!

Bueno, tal vez no tanto. Pero como mínimo eran tan grandes como yo.

PUM, PUM, PUM. Se agitaban en el suelo, dando coletazos contra la madera.

—¡Son-son gigantescos! —farfullé.

—¿Qué pasa? —gritó Sheena—. ¿Por qué crece todo tanto?

—¡Caramba! ¡Caramba! —repetía el doctor D. una y otra vez.

Parecía horrorizado.

Nos quedamos mirando los peces. Primero el arenque enano, luego el caracol y ahora esto.

Costaba creerlo.

¿Qué estaba sucediendo? ¿Por qué de repente se volvía todo tan enorme?

—Tengo la impresión de vivir en la era de los dinosaurios —comenté—. Sólo que en lugar de dinosaurios, ¡estamos rodeados de criaturas marinas gigantescas!

Mi tío sacudió la cabeza para aclararse las ideas.

—No debo perder la calma. ¡Estamos en un gran apuro!

—¡En un enorme apuro! —añadió Sheena.

—No me extraña que el barco esté volcando —observó mi tío—. ¡Esos peces son monstruosos! Están volcándolo con su peso.

—¡Mis peces! ¡Mis peces! —Yo no daba crédito a mis ojos.

Ahora que eran tan enormes —casi tanto como un caballo—, se veía perfectamente que eran preciosos, tan dorados y relucientes. Las manchitas marrones que cubrían sus escamas y la zona alrededor de sus agallas resplandecían con los rayos de sol que se filtraban por la portilla.

—Tenemos que deshacernos de ellos —aseveró mi tío—. De lo contrario, volcarán el barco.

—¿No podemos sacarlos por la ventana? —preguntó Sheena.

—Son demasiado grandes —objetó el doctor D.—. Tenemos que subirlos a cubierta sea como sea.

—Y luego, ¿qué? —pregunté yo.

—Los echaremos por la borda —afirmó mi tío—. No podemos dejarlos en el barco, eso está claro.

—Tal vez serán más felices en el mar —razonó Sheena—. Pensándolo bien, es muy probable que detestaran vivir en esa pecera tan pequeña.

—¡Pero son peces de agua dulce! —protesté yo.

—No tenemos elección, Billy —concluyó terminantemente el doctor D.—. No podremos sobrevivir. No podremos ir a ninguna parte, a no ser que echemos a estos peces gigantes por la borda.

Yo sabía que estaba en lo cierto. Había que deshacerse de los peces.

—Vosotros dos, ¡sujetadlos por la cola! Yo empujaré por el otro lado —propuso mi tío.

Intenté tirar de la lisa cola dorada.

—¡Uf! ¡Pesa muchísimo! —me quejé.

El pez dio un coletazo y golpeó a Sheena en la mano.

—¡Ay! —gritó ella—. ¡Me ha hecho daño!

—¡Sujetadlo fuerte! —ordenó el doctor D.

Arrastramos el primer pez por mi habitación, cuesta arriba, y lo sacarnos al pasillo. El caracol ya no nos cerraba el paso. El rastro de babas que había dejado nos ayudó a arrastrar el pez.

Lo subimos por las escaleras. Al llegar a la cubierta empezó a coletear.

—Adiós, pececito —me despedí.

Lo echamos por la borda. Sacó la cola y se alejó nadando.

—Ahora tenemos que hacer otra vez lo mismo —se quejó Sheena.

—¿Y el caracol? —pregunté yo—. ¡Pesa todavía más que los peces!

—Vayamos de uno en uno —resolvió mi tío.

En cuanto echamos al otro pez por la borda, el barco se enderezó.

—¡Qué alivio! —exclamó el doctor D.—. ¡Poder estar de pie otra vez!

—Estoy hecha polvo —gimoteó Sheena—. Ha sido el peor día de mi vida.

Regresamos al interior del barco. Parecía el plató de una película sobre alguna catástrofe.

Cristales rotos por doquier, charcos de agua, rastros de babas blancas en el suelo y en la pared, y el caracol gigante, inmóvil en un rincón.

—¿Qué vamos a hacer con él? —preguntó Sheena. .

El doctor D. suspiró profundamente.

—Dejémoslo por el momento.

Resbalé en un charco de babas de camino a mi camarote.

¡Vaya desorden que había en mi camarote!

Parecía que un gigante lo hubiera puesto cabeza abajo y lo hubiera zarandeado.

Fui al armario para sacar una fregona, pero me detuve. Me había parecido oír algo.

Agucé el oído. Sí. Oía pasos arriba, en cubierta.

—¿Doctor D.? —le llamé.

—Estoy aquí —respondió él. Se había puesto a limpiar el laboratorio.

Sheena salió de su camarote.

—¿Habéis oído eso? —preguntó.

Asentí.

—Hay alguien en cubierta.

El doctor D. salió del laboratorio, secándose las manos con una toalla. Nos miró, primero a mí y luego a Sheena. Luego miró al

techo.

—Si todos estamos aquí abajo —dijo—, ¿quién anda entonces por ahí arriba?

Subimos las escaleras con mucho sigilo y salimos a cubierta. El sol de la tarde era abrasador.

—No veo a nadie —declaré.

—¡Vuélvete! —exclamó alguien con una voz muy grave.

Al volvernos, vimos a tres hombres. Tres completos desconocidos.

17

Los tres hombres estaban uno al lado del otro, hombro con hombro, y llevaban pantalones cortos, camisas de botones y calzado náutico.

El que había hablado era alto y delgado, llevaba gafas y tenía el pelo castaño y bastante largo. A su izquierda había un hombretón rubio muy bronceado. A su derecha, un tipo de pelo rizado con una larga nariz aguileña que le daba aspecto de pájaro.

No los había visto en mi vida. ¿Qué hacían en nuestro barco?

El doctor D. se aclaró la garganta.

—¿En qué puedo ayudarles?

Fue el hombre alto quien habló.

—Espero no haberles asustado. Siento haber subido a su barco de esta manera, pero estábamos preocupados ¿Están en apuros? Vimos que su barco se inclinaba peligrosamente hacia un lado y nos alarmamos.

El doctor D sonrió, intentando parecer natural.

—Las aguas estaban un poco revueltas —mintió—. Pero ahora ya ha pasado todo, como puede ver.

Me pregunté de dónde habrían salido aquellos tipos. Me asomé a la barandilla y vi una lancha motora atada al casco del barco.

—Temí que fueran a volcar —prosiguió aquel hombre—. ¿Pensamos que tendríamos que rescatarlos!

—No, no. Ahora estamos bien ¿verdad, chicos? —insistió el doctor D.

—¿Bien? —me extrañé—. Pero ¿y...?

Mi tío me apretó el hombro tan fuerte que me mordí la lengua.

¿Por qué se comportaba el doctor D. como si todo fuera bien? Cuando los peces de colores alcanzan dimensiones monstruosas, no es que todo vaya a las mil maravillas.

—Han sido muy amables acudiendo en nuestra ayuda. Gracias.

Al fin, mi tío me soltó el hombro. Yo me lo restregué.

—No hay de qué. —El hombre alto sonrió—. Me alegro de que no estén en apuros.

Siempre es un placer para mí socorrer a otro marinero. —Tendió su mano derecha—. Soy el doctor Ritter. Éstos son mis ayudantes, Mel Mason y Adam Brown. —Mel era el hombretón rubio. Adam, el de pelo rizado y nariz aguileña.

El doctor D. le estrechó la mano.

—Es un placer. Soy el doctor George Deep. Éstos son mis sobrinos, Billy y Sheena.

—Hola, chicos. ¡Caramba!, tenéis pinta de nadar muy bien.

Mi tío se echó a reír.

—Así es.

—¿Cuál es su especialidad, doctor Deep? —le preguntó Ritter—. ¿Es un cirujano de vacaciones?

Mi tío negó con la cabeza.

—No, soy biólogo marino. El *Cassandra* es mi laboratorio flotante.

—¿En serio? —preguntó el doctor Ritter—. ¡Un científico como yo! ¡Maravilloso!

Se puso a pasear por la cubierta, mirando las cuerdas y los instrumentos. Sus ayudantes lo siguieron.

—Yo también tengo un laboratorio flotante —nos contó—. No muy lejos de aquí, por cierto.

Inspiró una gran bocanada de aire salado y se golpeó el pecho.

—¡Ah, sí! Los biólogos marinos somos gente admirable, ¿no cree, doctor Deep? Dedicados al estudio de los misterios del mar. Yo siempre digo que es la última frontera verdadera que hay sobre la Tierra.

Mi tío repitió sus últimas palabras.

—Sí, la última frontera —convino.

—¿En qué está trabajando, si me permite la pregunta? —indagó

el doctor Ritter.

Mi tío se aclaró la garganta.

—Bueno, tengo un par de proyectos en marcha. No puedo hablar de ellos por el momento, doctor Ritter. Están en fase inicial. Lo comprende, ¿verdad?

Los tres desconocidos se detuvieron junto a la escala a la que habían atado su lancha.

—Sí, desde luego. Supongo que ya va siendo hora de que nos vayamos —anunció Ritter—. Me alegra que todos estén sanos y salvos.

—Gracias por venir a socorrernos —les agradeció mi tío.

El doctor Ritter puso una mano sobre la escalera. Luego se detuvo.

—Por cierto, no habrán visto últimamente nada raro por estas aguas, ¿verdad?

—¿Raro? —preguntó mi tío—. ¿A qué se refiere?

—¿Peces extraños, criaturas poco habituales, algo así?

¡Peces extraños! No pude guardar silencio por más tiempo.

—¡Hemos visto cosas rarísimas! —exclamé—. ¡Mis peces se han vuelto gigantescos! ¡Y hemos visto una medusa inmensa, más grande que un camión! ¡Ay!

Algo puntiagudo se me clavó en las costillas. Era el codo de mi tío.

—Siento oír eso —dijo el doctor Ritter.

—¡Sí, ha sido horrible! —corroboré—. ¡Ay! —Otro codazo de mi tío—. ¿Por qué has hecho eso?

Mi tío me miró con cara de pocos amigos.

«¿Qué? —pensé—. ¿Qué he hecho esta vez?»

—Billy sólo está bromeando —le aseguró mi tío. Juguetecía nerviosamente con sus gafas.

El doctor Ritter contestó:

—¿Bromeando? ¿Verdad que no estabas bromeando, Billy?

—Bueno... —Miré a mi tío. No sabía qué decir.

—Lo siento muchísimo —repitió Ritter—. Siento que vieras esas criaturas, Billy. Porque ahora no puedo dejaros marchar.

—¿Eh? —exclamé—. ¿De qué está hablando?

—Habéis visto demasiado —sentenció el doctor Ritter—. Y

ahora tendré que pensar qué hago con vosotros.

Chasqueó los dedos. Sus dos ayudantes se aproximaron.

18

—Un momento. —Mi tío nos rodeó a Sheena y a mí con los brazos—. No le haga caso a Billy. Tiene una gran imaginación.

—Grandísima —puntualizó Sheena.

—Siempre está inventándose todo —prosiguió mi tío.

—Es un grandísimo embustero —añadió Sheena—. Todo el mundo lo sabe.

—Créame, doctor Ritter —le suplicó mi tío—. No hemos visto nada extraño en absoluto. ¿Un pez de colores gigantesco? Usted es científico, doctor Ritter. Sabe tan bien como yo que eso es imposible.

El doctor Ritter abrió la boca para hablar, pero algo lo detuvo. Un fuerte ruido, un ruido sordo.

¡PUM! ¡PAP!

Algo paso con dificultades por la puerta y se plantó en la cubierta ¡El caracol gigante!

Escondí el rostro entre las manos.

El doctor Ritter arqueó una ceja.

—Parece que tu hermano no es un grandísimo embustero después de todo.

—Oh, claro que es un grandísimo embustero —insistió Sheena—. Y también es idiota.

Le di un puntapié en la espinilla.

—¡Ay! —gritó ella.

—¡Chicos! ¡Estaos quietos! —nos ordenó mi tío.

El hombretón rubio me atrapó. Con una mano me sujeto los

brazos a la espalda y con la otra me rodeó el cuello.

—¡Suélteme! —aullé—. ¡Me hace daño!

—Cállate..., ¡o sabrás lo que es bueno! —me amenazó.

El tipo con cara de pájaro atrapó a Sheena, que se retorció e intentó darle un puntapié. Pero aquel tipo era demasiado fuerte.

—¡Suéltelos! —gritó mi tío.

Mel me sujetó con más fuerza.

—Lo siento muchísimo, doctor Deep —se disculpó Ritter—. Detesto hacer daño a mis compañeros de profesión, pero no debería haber estado fisgoneando por aquí. Detesto a los fisgones.

Suspiró.

—Es una lástima que se topara con mis lechos de plancton. Es una lástima que metiera las narices en mis experimentos.

—¿Qué experimentos? —preguntó mi tío.

El doctor Ritter le puso la mano en el hombro.

—Estoy trabajando en un proyecto extraordinario. Podría transformar el mundo. ¡Podría solucionar todos nuestros problemas!

—¿De qué se trata?

—¡Ja, ja! ¡No es usted curioso ni nada! —El doctor Ritter se echó a reír—. Bueno, no hay nada malo en que lo sepa. He inyectado una hormona de crecimiento en los lechos de plancton de estas aguas. Los peces que lo ingieren crecen mucho. Ya ha visto los resultados con sus propios ojos.

Mi tío asintió.

—Pero ¿qué soluciona eso?

—En el fondo, soy buena persona —dijo doctor Ritter—. No quiero perjudicar a nadie. ¡Quiero ayudar a toda la humanidad! Mi objetivo es criar peces enormes para alimentar al mundo entero. ¡Nadie volverá jamás a pasar hambre!

—¡Suélteme! —gritó Sheena. Adam seguía sujetándola.

—Ésta ha salido muy chillona —se quejó el ayudante.

—¡Suéltala! —le ordenó el doctor Ritter—. De momento.

Adam lo hizo, pero se quedó justo detrás de Sheena.

—Sus experimentos parecen interesantes, doctor Ritter —aventuró mi tío—. Me gustaría saber más cosas. ¿Está obteniendo buenos resultados?

El doctor Ritter sonrió. Era evidente que le encantaba hablar de

su trabajo.

—Bueno, de momento mi proyecto tiene algunos fallos, pero nada que no pueda solucionarse.

—¿Qué va a hacer con nosotros? —interrumpió Sheena.

El doctor Ritter la miró malhumorado.

—Me temo que sabéis demasiado.

—Pero ¡yo soy científico! —exclamó mi tío—. No le hablaría a nadie de su proyecto. Tiene mi palabra.

—Su palabra no basta —estalló el doctor Ritter. Se puso hecho una furia, rojo de ira—. No puedo permitir que me roben la idea.

—¡Yo nunca haría eso! —insistió mi tío.

—Me aseguraré de que así sea —replicó fríamente Ritter. Se dirigió a sus dos ayudantes—. ¡Atrapadlos!

Antes de que Sheena y yo tuviéramos tiempo de reaccionar, Mel y Adam nos atraparon y nos obligaron a bajar a su lancha.

Durante unos instantes conseguí liberarme, y corrí hacia la escala con la intención de regresar a bordo del *Cassandra*.

Sin embargo, antes de conseguir mi propósito, atraparon a mi tío y lo bajaron a su lancha.

Mel cortó la cuerda de un navajazo. Adam puso en marcha el motor. Todo ocurrió tan deprisa que no tuvimos tiempo de reaccionar.

El doctor Ritter saltó a bordo y se puso al timón. Dirigió la lancha hacia mar abierto.

—¿Adónde nos llevan? —grité—. ¿Qué van a hacernos?

—¡Abajo!

Adam empujó al doctor D. al interior de la angosta cabina. Sheena y yo entramos a trompicones detrás de él. Mel nos pisaba los talones.

—¿Qué van a hacernos? —repetí.

—Ya lo veréis —gruñó Adam.

Pasamos junto a una diminuta cocina. Mel y Adam nos obligaron a entrar en un camarote que olía a cerrado y tenía una mesa y sillas. Mel ató al doctor D. a una silla.

—Esto no es en absoluto necesario —dijo mi tío en voz baja. Me di cuenta de que procuraba mantener la calma.

—Dígaselo al doctor Ritter —murmuró Mel.

Adam ató a Sheena, luego a mí.

—¡No apriete tanto! —grité. Me incorporé y le mordí a Adam en el brazo.

—¡Bravo! —Sheena brincó en su silla.

—¡Eh! —Adam se apartó, frotándose el brazo—. ¡Este crío me ha mordido!

—Pues muérdele tú a él —murmuro Mel.

Adam me enseñó los dientes, pero no me mordió. Y no apretó más mis ataduras.

Mi plan había funcionado. Me había atado a la silla, aunque menos fuerte de lo que él creía.

Mel y Adam se nos quedaron mirando.

—Bien, ya nos hemos encargado de ellos —comentó Mel—.

Vamos a comer algo.

Al instante se marcharon, cerrando la puerta al salir. Los oí trajar en la pequeña cocina, moviendo platos y cubiertos.

Miré por la portilla que había a mi derecha. Vi cómo la lancha se alejaba del *Cassandra* a toda velocidad; se adentraba en mar abierto.

Moví violentamente las manos, intentando aflojar mis ataduras, que estaban bastante fuertes. Si conseguía aflojarlas, aunque sólo fuera un poquito...

—¿Qué debe de traerse entre manos ese doctor Ritter? —se preguntó mi tío en voz alta. En realidad, no hablaba con nosotros sino que pensaba en voz alta—. Sin duda, el plancton que ha inventado aumenta muchísimo el tamaño de los peces —prosiguió—. Podría acabar con el hambre en el mundo.

—¿No es eso bueno, doctor D.? —preguntó Sheena.

Restregué las muñecas contra la cuerda. «Venga, aflójate», pensé.

—Podría serlo —repuso mi tío—. Pero también podría ser malo. Podría acabar con el equilibrio natural.

Yo seguía restregando las muñecas contra la cuerda. ¿Estaba un poco más floja?

—O sea, ¿qué van a comer esos peces gigantes? ¿Plancton y más plancton? Pueden acabar con todos los peces pequeños. Pueden incluso empezar a comerse a las personas. ¿Quién sabe?

Abrí las manos. ¡La cuerda se había aflojado! Intenté sacar una mano, pero las ataduras aún no estaban lo suficientemente flojas.

—Y el doctor Ritter ha dicho que su proyecto tenía algunos fallos —continuó mi tío—. Algunos problemas. Me gustaría saber a qué se refería. Podría ser cualquier cosa.

Me esforcé por oír lo que Mel y Adam estaban haciendo en la cocina. Parecía que se hubieran llevado la comida a cubierta.

Seguí intentando aflojar la cuerda. Noté que algo cedía. Empecé a sacar una mano. El nudo me abrasó la piel, pero continué insistiendo.

¡Lo conseguí! ¡Tenía una mano libre!

—¡Doctor D.! —susurré. Alcé la mano libre.

—¡Muy bien, Billy! —me susurró.

Me desaté la otra mano y fui a liberar a mi tío.

—¡Billy, date prisa! —me urgió Sheena—. ¡A lo mejor podemos abandonar la lancha sin que nos vean!

Entonces, la puerta se abrió de par en par.

—No me han dejado que terminara de comer —les reprochó el doctor Ritter, sacudiendo la cabeza—. Eso es una falta de educación.

Estaba de pie en el umbral. Mel y Adam se apostaron a su lado.

—¿Quieren bajarse del barco? —preguntó—. Eso puede arreglarse. Mel, Adam. ¡Subidlos a cubierta! —ordenó.

Mel y Adam desataron a Sheena y a mi tío, y los arrastraron a cubierta. El almuerzo del doctor Ritter, bocadillos y ensalada, estaba a medio terminar sobre la mesa.

Los dos hombres nos condujeron al borde del barco. Yo miré hacia abajo, y vi que el mar se arremolinaba a nuestros pies. No se veían barcos, no se divisaba tierra.

No había nadie. Nada que pudiera salvarnos. Solo había mar, infinito e insondable. Y seres marinos de dimensiones gigantescas.

—¿Quién va ser el primero en saltar? —preguntó el doctor Ritter—. ¿O quieren hacerlo todos a la vez?

Miré las aguas revueltas. Luego respiré hondo... y me preparé para saltar.

20

Las olas rompían bajo mis pies. El corazón me latía con tanta fuerza que me dolía.

Al llenar los pulmones de aire, me di cuenta de que aquélla podría ser la última vez que respirara.

—¡Alto! —gritó el doctor D.—. Deje que salte yo. No mate a los niños. No pueden perjudicarles, ni a usted ni a sus experimentos.

—Creo que las familias deberían permanecer siempre unidas —respondió el doctor Ritter—. Sobre todo las familias de fisgones.

—¡Nosotros no somos fisgones! —protestó Sheena—. ¡No hemos podido evitar toparnos accidentalmente con algunos de sus enormes peces!

—¡No se lo contaremos a nadie! ¡En serio! —grité.

El doctor Ritter se inclinó sobre Sheena.

—¿Quieres saltar tú la primera, quizá?

Sheena lo fulminó con la mirada, pero vi que temblaba. Supe que estaba verdaderamente asustada. Y eso que mi hermana casi nunca se asusta.

—¡Déjela en paz! —le advirtió el doctor D.—. Llévenos a una isla, una isla cualquiera. La que esté mas cerca. Así no podremos hablarle a nadie de sus experimentos con el plancton.

El doctor Ritter frunció el ceño.

—No hay islas en los alrededores. Y no puedo asumir ese riesgo. Lo siento.

Mi tío se negó a darse por vencido. Siguió intentado persuadirlo para que cambiara de opinión. Pero era evidente que no había

manera.

«¡Piensa! ¡Piensa! —me ordené—. Tiene que haber alguna forma de escapar. Tiene que haberla.»

Miré a mi alrededor, buscando algo, cualquier cosa. ¡Un chaleco salvavidas, tal vez! ¿No tenían chalecos salvavidas en la lancha? ¿O un flotador? Si consiguiera hacerme con algún tipo de flotador, al menos tendríamos una posibilidad.

Pero en cubierta no se veía nada. Alargué el cuello para divisar la popa. El corazón me latió más deprisa. ¡Bien! ¡Había un bote salvavidas!

—¿Qué estás mirando, chico? —gruñó Mel—. ¿Estás buscando a la guardia costera o algo por el estilo? Créeme, por aquí no hay nadie para rescataros, así que olvídate de buscar ayuda.

—Yo-yo no miraba nada —farfullé. Estaba tan asustado que me costaba respirar.

—¡Se acabó la conversación, doctor Deep! —interrumpió Ritter—. Me está haciendo perder el tiempo y está gastando sus energías. Y va a necesitar todas las que tenga. Es hora de darse un chapuzón.

Sheena gritó.

—¡Suéltela! —chilló mi tío.

Dos manos me agarraron fuertemente por los hombros.

—¡Socorro! —aullé—. Por favor... ¡no!

Pero mis gritos no sirvieron de nada.

Me empujaron hacia delante.

21

Cerré los ojos y me preparé para sentir el frío contacto con el agua. Pero no caí.

Las manos no me soltaron. Note que tiraban de mí en la dirección contraria, mientras una sombra se cernía sobre nosotros.

—¿Eh? —Parpadeé varias veces. ¿Había sido una sombra... o eran mis ojos?

Oí un ruido ensordecedor. Un traqueteo. Un martilleo.

Me volví hacia mi tío. Él y los demás tenían la mirada clavada en el cielo.

«¿Un helicóptero? —me dije—. ¿Es un helicóptero? ¿Alguien ha venido a rescatarnos?»

No. Aquel pesado aleteo no era el ruido de un helicóptero.

Otra sombra sobrevoló el barco. Y entonces, un horrendo grito cortó el aire.

¡RAAAAC! ¡RAAAAC!

—¡Oh, no! —gritó mi tío—. ¡Ahí vienen!

Me protegí los ojos del sol con una mano.

En ese momento las vi. Volaban muy bajo.

Eran dos aves enormes: gaviotas. ¡Gaviotas tan grandes como mi pastor alemán!

¡RAAAAC! ¡RAAAAC! Sus fuertes graznidos eran tan penetrantes que me herían los oídos.

—Aquí llegan otras dos víctimas de sus magníficos experimentos, Ritter —gritó mi tío en medio de aquel estruendoso revoloteo.

—¡También deben de haber comido plancton! —exclamó el doctor Ritter.

Las aves volaron en círculo sobre el barco. Proyectaban unas enormes sombras sobre nosotros, con sus alas extendidas como velas de barco.

Cuando alcé la vista para mirarlas, dejaron de volar en círculo. Y sacaron las garras.

«¿Van en busca de alimento? —me pregunté, clavando la vista en sus afiladas garras que refulgían al sol—. ¿Somos su alimento?»

Antes de que pudiéramos agacharnos o intentar escondernos, las dos enormes aves se lanzaron en picado sobre nosotros.

Levantaron las garras, listas para capturar a su presa, y dieron graznidos.

22

El pánico me paralizó.

Los graznidos me zumbaron en los oídos, me horadaron el cerebro. Sentí como si la cabeza fuera a estallarme.

Miré sus garras extendidas.

Aquellas sombras se cernieron sobre mí.

En ese instante note que una mano me derribaba, me obligaba a echarme sobre la cubierta.

Me volví y vi a mi tío, con las mandíbulas tensas, los ojos clavados en el cielo.

Nos había echado al suelo a Sheena y a mí. Luego, nos cubrió con su cuerpo para protegernos.

Aunque no las vi, oí el ruido sordo que hicieron al posarse sobre el barco. A continuación, oí los gritos del doctor Ritter y sus hombres. Eran gritos airados que se confundían con los penetrantes graznidos de las gaviotas.

Me volví, intentando vislumbrar algo, pero mi tío volvió a bajarme la cabeza. Nos rodeó a Sheena y a mí con los brazos.

Oí forcejeos a nuestras espaldas, acompañados de más graznidos y más gritos frenéticos. También oí un pesado batir de alas.

La mesa de cubierta se volcó, por lo que los platos se hicieron añicos.

Entonces oí un grito de dolor.

—¡Rápido, chicos! ¡Es nuestra oportunidad! —susurró el doctor D. Nos puso en pie. Después, protegiéndonos con su cuerpo, nos condujo hacia el bote salvavidas—. ¡Billy! ¡Ayúdame a desatar esto!

—me ordenó.

Los tres intentamos deshacer los nudos que sujetaban el bote salvavidas a la cubierta.

—¡Daos prisa! —nos urgió mi tío—. ¡Antes de que nos descubran!

¡RAAAAC!

Me volví y vi que una de las gaviotas tenía atrapado a Adam entre sus afiladas garras. Mel y el doctor Ritter intentaban quitarle de encima aquel pajarraco.

—¡Este nudo ya está deshecho! —anunció Sheena. Se puso a desatar otro.

Yo aflojaba el nudo que tenía entre mis manos. Estaba tan asustado que era incapaz de pensar. Me notaba los dedos torpes y rígidos.

«¡Date prisa! —me ordené—. ¡Date prisa! ¡Antes de que nos atrapen!»

Al fin, deshice el último nudo del bote salvavidas. El doctor D. lo echó al agua, sujetándolo con una cuerda.

—¡Muy bien! ¡Vámonos! ¡Saltad! ¡Ahora!

Me agarré a la barandilla de la lancha y me dispuse a saltar.

—¡Eh! —Oí un grito a mis espaldas. Al volverme vi a Mel mirándonos—. ¡Eh! ¡Están huyendo!

Vino hacia nosotros.

—¡Alto! —gritó, y se hizo con un arpón submarino—. ¡No os mováis! —ordenó.

Vacilé. La afilada punta del arpón centelleó en la luz del sol.

¿Sería capaz de dispararnos?

—¡Venga, chicos! ¡Ahora! —gritó el doctor D.

Mel apuntó a mi tío con el arpón... y disparó.

23

¡ZUUUUM!

No pude verlo. Paso tan deprisa que sólo oí cortar el aire. Me quedé horrorizado cuando mi tío se desplomó sobre la cubierta.

—¡Le-le ha dado! —chillé.

—¡Doctor D.! ¡Doctor D.! —gritó Sheena. Los dos corrimos a su lado.

Nuestro tío se incorporó.

—¡Ha-ha fallado! —Parecía sorprendido. Se puso en pie de un salto—. ¡Al bote, chicos! —gritó.

Una gaviota graznó. Oí gritar a Adam. Mel fue en su ayuda.

Tomé carrerilla, cerré los ojos y salte por la borda.

¡PAF! Aterricé en el blando bote neumático Sheena saltó detrás de mí, seguida de mi ío.

—¡Alto o disparo! —gritó el doctor Ritter.

Recogió el arpón submarino de Mel y nos apuntó con él.

Una gaviota le golpeó el brazo con un ala, y el arma cayó al agua.

Nos impulsamos frenéticamente con las manos, intentando alejarnos del barco.

—¡No escaparéis! —gritó el doctor Ritter a nuestras espaldas con el puño alzado—. ¡Os atraparé!

Mi tío encontró los remos y empezó a remar con todas sus fuerzas. La corriente nos alejó del barco.

El mar se embraveció y se llenó de espuma. Se levantó un viento que nos azotó, formando olas inmensas. El oleaje enseguida nos

arrastró mar adentro. El barco del doctor Ritter se perdió a lo lejos.

—Bueno, hemos escapado. —Sheena suspiró—. Pero ¿adónde vamos?

No se veía tierra por ninguna parte, ni tampoco se divisaban otros barcos. Sólo había agua batida e inmensas olas.

El bote de goma se agitaba como una peonza.

—¡Agarraos, chicos! —gritó el doctor D.—. ¡La que viene es grande!

Me agarré al bote cuando una ola enorme nos alzó por los aires.

¡PUM! Aterrizamos entre dos olas. A continuación, otra ola rompió sobre nosotros.

Me puse a temblar, completamente empapado.

—¿Estáis bien? —preguntó mi tío. Sheena y yo asentimos.

Entonces se formó una ola gigantesca a nuestras espaldas. El bote se elevó muchísimo.

Yo me aferré a él.

Pero a Sheena se le resbalaron las manos.

Salió volando por los aires, y desapareció en la espuma blanca.

—¡Sheena! —grité—. ¡Se ha caído al agua!

Mi hermana sacó la cabeza.

—¡So-so-socorro! —balbuceó. Volvió a hundirse, braceando.

Esperé a que volviera a salir.

Esperé.

Y esperé.

«Por favor», supliqué.

En ese momento apareció. Saqué el cuerpo del bote tanto como pude. Más. Un poco más...

La agarré por el brazo y la metí en el bote.

—¿Te encuentras bien, Sheena? —preguntó el doctor D.

Mi hermana tosió. El agua le discurría por la cara.

—Creo que sí.

Mi tío la sujetó mientras otra ola inmensa nos dejaba calados hasta los huesos.

Nos apiñamos en el bote, mojados, temblando, muertos de hambre y cansados. El bote salvavidas se había llenado de agua. Era como estar en una piscina poco profunda.

El cielo se oscureció. Pronto se haría de noche.

«Tendremos que pasar la noche aquí —pensé—. Aquí, en alta mar. Ni siquiera podemos descansar. El mar está muy revuelto. Si nos soltamos un solo segundo, podríamos caernos al agua.»

No teníamos comida, ni agua. No teníamos nada.

—Las cosas no pueden ponerse peor, ¿verdad? —pregunté—. ¿Verdad?

Sheena estornudó. El doctor D. no respondió.

«Las cosas no pueden ponerse peor», repetí para mis adentros. Pero lo hicieron.

24

El cielo se puso negro como el carbón. De repente, un rayo surcó la oscuridad. ¡BUUUM!

Inmediatamente un trueno estalló sobre nuestro bote salvavidas. Empezó a llover a cantaros. A frías ráfagas.

—¡No puedo creerlo! —gimoteó Sheena. Se apartó de la cara mechones de pelo empapados.

Aguardamos con tristeza en el bote, zarandeados por las olas. El viento se colaba por nuestras ropas empapadas mientras la lluvia nos repiqueteaba en la piel. Los rayos surcaban el cielo.

El doctor D. observó los nubarrones y puso cara de preocupación:

—No parece que vaya a amainar pronto —anunció.

«Perfecto.»

Entretanto, el bote salvavidas se iba llenando de agua.

—¡Ayudadme a achicar! —nos ordenó mientras intentaba sacar agua con las manos—. Si el bote se inunda, ¡nos hundiremos!

Aunque achicábamos furiosamente el agua del bote, la lluvia lo llenaba al mismo ritmo con que lo vaciábamos. ¿Qué íbamos a hacer?

Me saqué una zapatilla e intenté achicar el agua con ella. Era mejor que nada. Así pues, mi tío y Sheena usaron también sus zapatos para sacar el agua.

La lluvia arreció durante horas.

—¡Estoy agotado! —me lamenté—. ¡No puedo seguir achicando agua! ¡No puedo!

—¡No te rindas, Billy! —me reprendió el doctor D.—. ¡Lo conseguiremos! —No obstante, no parecía muy convencido de lo que decía—. No os preocupéis —trató de calmarnos, alzando la voz cuando estalló un trueno—. Todo va a ir bien.

«No se cómo —pensé—. ¡Si no nos morimos de hambre, nos hundiremos! No hay nadie que pueda acudir en nuestro rescate. Nadie...»

Al fin dejó de llover. Para entonces, ya era completamente de noche. No había luna ni estrellas, sólo un cielo negro y encapotado.

—Estoy helada —gimoteó Sheena.

—Tengo hambre —añadí yo.

—¡Estoy mareado! —admitió el doctor D.

—Yo estoy las tres cosas —les dije—. Además de sediento, cansado y mojado.

Nos echamos a reír. ¿Qué más podíamos hacer? Cuando las cosas se ponen tan feas, de repente todo te da risa. Nos apiñamos para darnos calor. Me rugía el estómago. Estaba cansadísimo; estaba tan agotado que los ojos se me cerraban. Me quedé dormido.

Un ruido sordo me despertó. El bote había topado con algo.

Al abrir los ojos, contemple un mundo plateado sumido en la penumbra.

«Estoy soñando —pensé. Volví a cerrar los ojos. Pero entonces noté la ropa mojada pegada a mi piel—. No —deduje—. Estoy despierto.»

Abrí los ojos de par en par. Sheena y el doctor D. se incorporaron, bostezando y desperezándose.

—¿Qué ocurre? —murmuró mi hermana.

—El bote no se mueve —observé—. Está parado.

Saqué la mano para tocar el agua. En lugar de agua, los dedos se me hundieron en la arena.

¡Tierra firme!

—¡Eh! —grité—. ¡Hemos atracado en algún sitio!

El cielo se aclaró un poco. Estaba a punto de amanecer. Empecé a distinguir los alrededores.

—¡Tierra! —gritó Sheena. Salió del bote—. ¡Bravo! ¡Tierra! ¡Es increíble! ¡Es increíble!

El doctor D. se puso en pie y se desperezó.

—¡Caramba! ¡Qué maravilla!

Ahora el sol brillaba con más intensidad.

Me eché sobre la arena.

—¡Sol, caliéntame! —Suspiré.

—Me gustaría saber dónde estamos —dijo mi tío en voz baja, mirando a su alrededor.

—Estemos donde estemos, espero que haya comida —añadió Sheena.

El bote había atracado en una playa de arena. Un poco mas arriba divisé un palmeral. Aparte de eso, no vi nada. Ni muelles, ni barcos, ni casas.

—No parece que aquí haya nadie —observó el doctor D.—. Voy a echar un vistazo por los alrededores.

—Voy contigo —me ofrecí.

—¡Y yo! —añadió Sheena.

Seguimos a mi tío por la orilla de la playa.

—¡Fijaos! ¡Un cocotero! —Sheena señaló un árbol muy alto que se alzaba en la playa. A su alrededor, había unos cuantos cocos caídos en la arena.

—¡Vamos a abrir uno! —insistió mi hermana—. ¡Estoy muerta de hambre!

El doctor D. recogió un coco y lo cascó con una piedra. Tan pronto como el fruto se abrió Sheena y yo nos abalanzamos sobre él.

Recogimos los trozos rotos y masticamos la pulpa.

—¿Os encontráis mejor? —preguntó mi tío, bebiéndose el jugo del coco.

—Un poco —contesté, limpiándome la barbilla con la mano—. Pero no diría que no a una buena hamburguesa. Pongamos dos. Y una ración doble de patatas fritas con toneladas de salsa de tomate.

—O una pizza —añadió Sheena.

—Luego pescaremos unos cuantos peces —prometió el doctor D.—. Podemos hacer una hoguera y cocinarlos.

Reanudamos nuestro recorrido por la isla.

—A lo mejor encontramos un restaurante —deseó Sheena.

Sin embargo, al cabo de diez minutos, el doctor D. exclamó afligido:

—¡Oh, no!

—¿Qué pasa? —pregunté.

—¡Mirad! —Señaló un punto en la playa a unos cuantos metros de nosotros.

¡Era el bote! Habíamos vuelto al mismo sitio.

Sheena también suspiró.

—¿Significa eso que ya está? —pregunté—. ¿Hemos visto la isla entera en diez minutos?

—Así es. —El doctor D. suspiró—. Es diminuta.

Sheena también suspiró.

—Sigo con hambre. ¡Y no me apetecen más cocos!

—Parece que hemos ido a parar a una isla desierta —dijo mi tío—. Pero no os preocupéis. Encontraremos algo que comer.

Me toqué la cara y note que tenía la piel abrasada. Al principio, el sol me había sentado bien, pero ahora me estaba quemando.

Me acosó una pregunta, pero tenía tanta hambre que intenté sacármela de la cabeza.

—Billy, ve corriendo a aquellas palmeras —ordenó el doctor D.—. Mira a ver si encuentras leña para encender una hoguera.

Me adentré en el palmeral en busca de algo que pudiera arder, aunque no había casi nada. Lo que más abundaba eran las lianas.

Aquella preocupación no dejaba de rondarme por la cabeza. Estábamos varados en una isla diminuta sin nada más que un bote de goma. Y no podía quitarme de la cabeza una pregunta, una pregunta que temía formular en voz alta: ¿cómo íbamos a salir de allí?

25

Encontré unos cuantos palos y los llevé a la playa. El doctor D. estaba cavando un hoyo para hacer la hoguera.

—¡Buen trabajo, Billy! —Le di los palos—. Esto bastará por el momento.

Sheena caminaba por el agua, que le cubría hasta los tobillos. Yo me senté en la arena.

—Doctor D. —dije—. ¿Qué vamos a hacer? ¿Crees que estamos lejos del *Cassandra*?

Mi tío suspiró:

—Por desgracia, no tengo ni idea de dónde estamos —admitió.

—Entonces, ¿qué va a pasar? ¿Tendremos que quedarnos en esta isla para siempre? —Sabía que no duraríamos mucho. Por el momento, no había más alimento que los cocos.

El doctor D. frotó dos palitos, intentando encender fuego con ellos.

—A lo mejor ven nuestra hoguera. A lo mejor nos sobrevuela un avión o pasa un barco. A lo mejor encuentran el *Cassandra* vacío y vienen en nuestra busca.

Me tumbé en la arena y contemple el cielo vacío.

—¡Pero eso puede tardar una eternidad! —grité—. ¡Ni tan siquiera saben que hemos desaparecido! Salvo el doctor Ritter... Y no tengo ningún interés en que él nos encuentre.

Oí un grito. Me volví y vi a Sheena corriendo por la playa con algo en la mano.

—¡Mirad! ¡Eh! ¡Fijaos en esto! —exclamó—. ¡He atrapado un

pez! ¡Lo he atrapado con mis propias manos!

Nos enseñó un pequeño pez plateado que se retorció en su mano.

—Es diminuto —dije.

—¿Y qué? ¡A ver si tú eres capaz de atrapar uno! —replicó ella.

El doctor D. puso el pez sobre la arena.

—Es mejor que nada.

—Yo atraparé uno más grande —afirmé.

Sheena y yo volvimos corriendo al agua. Nos adentramos hasta que el agua nos cubrió hasta la cintura. Unos cuantos pececillos nadaban a nuestro alrededor.

Todos éstos son bastante pequeños —me lamenté—. Nos hace falta el plancton del doctor Ritter para que crezcan.

—No me gustaría comerme uno de esos peces gigantes —respondió Sheena, poniendo cara de asco—. ¡Puaj!

—Si nos metemos un poco más adentro, a lo mejor encontramos peces más grandes —sugerí.

Nos adentramos un poco. Junto a mí pasó un pez plateado con una raya negra.

—Ése era un poco más grande —sentencié.

Intenté cazarlo, pero se me escapó. Volví a intentarlo. Me puse a nadar detrás de él, mar adentro.

Supongo que fui más lejos de lo que pretendía. De repente, sentí una dolorosa punzada en un pie.

Al principio, pensé que Sheena me había pellizcado. Sin embargo, el dolor enseguida se me extendió por toda la pierna.

—¡Eh! ¿Qué pasa? —grité.

Miré a través del agua... y grité horrorizado.

26

—¡Oh, nooooo! —gimoteé.

Me quedé mirando el agua, la criatura que había bajo el agua.

Vi un dorso peludo. Un caparazón pardorrojizo. Unas pinzas enormes.

¡Me había atrapado un cangrejo gigante!

Era tan grande como una mesa. ¡Y me tenía sujeto por el dedo del pie con una pinza que parecía la llave inglesa de mi padre!

—¡Socorro! —aullé—. ¡Ohhh, socorro!

El cangrejo abrió las pinzas y conseguí liberarme. Entre resbalones y tropezones, regresé a la orilla tan deprisa como pude.

—¡Un cangrejo gigante! —grité—. ¡Eh.... mirad! ¡Me está siguiendo!

Sheena ahogó un grito y salió del agua a todo correr.

El cangrejo gigante emergió torpemente del agua, caminando de lado, moviendo sus patas peludas con mucha rapidez.

—¡Es increíble! —gritó el doctor D.

El cangrejo venía hacia nosotros a una velocidad inusitada, abriendo y cerrando las pinzas. Clac... clac... CLAC.

—¡Corramos hacia los árboles! ¡Deprisa! —gritó mi tío.

Corrimos hacia el palmeral. Yo me encaramé a un árbol para que el cangrejo no pudiera alcanzarme. Sheena trepó detrás de mí. El doctor D. se agarró a la rama de otro árbol y se encaramó.

El cangrejo nos observó desde abajo. Alzó sus pinzas peludas como si quisiera alcanzarnos. Clac.... CLAC.

—¡Ojalá pudiéramos asarlo! —exclamó Sheena con avidez—.

¡Tendríamos comida para una semana!

—¡Debe de haberse alimentado con el plancton del doctor Ritter! ¡Al ser tan enorme, tiene un hambre canina!

El cangrejo abría y cerraba sus inmensas pinzas, intentando cazarnos. Respiraba con dificultad una y otra vez.

Se quedó allí durante lo que parecieron horas.

—¿Cuánto tardará en darse por vencido? —pregunté.

El doctor D. se encogió de hombros.

—Sé lo mismo que tú.

Oí un crujido. Al principio, creí que el cangrejo había vuelto a cerrar las pinzas.

A continuación, oí otro crujido. Sonaba demasiado próximo para provenir del cangrejo. Lo había oído justo debajo de mí.

¡Era la rama del árbol!

¡Crac!

Horrorizado, me di cuenta de que Sheena y yo pesábamos demasiado para que la rama aguantara. Se estaba quebrando.

Mi hermana y yo estábamos a punto de caer en las pinzas de aquel cangrejo gigantesco.

27

Ahogando un grito, alcé ambos brazos. Intenté alcanzar la rama de arriba. Me estiré cuanto pude....

No llegaba. Tenía los brazos demasiado cortos.

—¡Nos-nos estamos cayendo! —tartamudeó Sheena.

Con un fuerte chasquido, la rama se quebró. Y nosotros caímos.... caímos... sobre el dorso peludo del cangrejo.

¡No! Lo cierto es que caímos sobre la arena caliente.

—¿Eh? —Miré a mi alrededor, sorprendido.

El cangrejo se estaba alejando. Se dirigía a toda prisa hacia el agua.

Sheena se incorporó, aún aturdida.

Nuestro tío saltó al suelo.

—¿Estáis bien?

Vimos que la enorme criatura se adentraba en el mar.

—¡No voy a meterme más en el agua! —afirmé—. ¡Vete tú a saber la de monstruos que puede ocultar!

—Pero ¿cómo vamos a atrapar peces? —gimoteó Sheena—. ¡Nos vamos a morir de hambre!

El doctor D. no nos estaba escuchando. Se había vuelto y miraba hacia la playa.

—¡Oh, no! —exclamó—. La marea... ¡ha subido! ¡El bote!

Los tres fuimos corriendo hacia el lugar donde habíamos dejado el bote. Pero ya no estaba.

Miré el mar, y divisé una mota amarilla a lo lejos. ¡El bote salvavidas!

La marea se lo había llevado.

—¡Ya no saldremos jamás de esta horrible isla! —grité—. Nunca jamás.

El doctor D. no respondió. No hacía falta que dijera nada. La expresión abrumada de su rostro lo decía todo.

Pasamos el resto del día resguardados a la sombra, mascando pulpa de coco.

—No voy a comer coco en mi vida —gimoteó Sheena—. ¡Ni siquiera en helados!

No cruzamos muchas palabras. ¿Qué podíamos decirnos?

Poco a poco se fue haciendo de noche. Vimos que el cielo azul se tornaba púrpura, y luego negro.

Mi tío se incorporó bruscamente.

—¿Habéis oído eso? —preguntó.

Yo también me incorporé. Y agucé el oído.

—¿Qué pasa? —preguntó Sheena.

—Viene de la playa —nos informó el doctor D.

Nos dirigimos deprisa hacia la playa. Dos animales enormes chapoteaban y jugaban en el agua.

—¡Ballenas! —gritó Sheena.

—No, no son ballenas —rectificó mi tío—. ¡Son delfines!

Era evidente que los delfines también habían comido plancton.

—¿Qué es eso amarillo con lo que están jugando? —preguntó Sheena—. Parece....

—¡Lo es! —grité yo—. ¡Nuestro bote salvavidas! ¡Los delfines lo han traído!

La cuerda del bote se había enredado en el cuerpo de uno de los delfines. Adonde fuera el delfín, allí iría el bote.

—¡Vamos a recuperarlo! —exclamó el doctor D.

Se metió en el agua. Sheena y yo le seguimos. No era el momento de preocuparse por los cangrejos gigantes. Teníamos que recobrarlo.

Fuimos nadando al lugar donde jugaban los delfines. Gorjearon al vernos. Nuestra presencia no pareció asustarles en lo más mínimo. De hecho.... ¿por qué iba a hacerlo? ¡Eran mucho más grandes que nosotros!

«Sólo son delfines —me calmé—. Los delfines no hacen daño a

las personas.»

Pero me daban un poco de miedo. Sobre todo, desde la visita del cangrejo gigante.

El doctor D. se aferró al bote de goma.

Sheena y yo nos encaramamos.

—Ahora sólo falta desenredarle esta cuerda al delfín —afirmó mi tío.

Al tirar de la cuerda, el delfín empezó a nadar.

—¡Nos está arrastrando! —exclamó Sheena—. ¡Espera, delfín! ¡Alto!

El delfín no se detuvo sino que siguió nadando más aprisa y más fuerte.

El doctor D. se metió en el bote.

La isla se convirtió en una mota a nuestras espaldas. ¡Aunque quisiéramos, no podríamos regresar a ella a nado! El delfín nos llevaba mar adentro.

—Podemos relajarnos y disfrutar del crucero —sugirió el doctor D.—. Es lo único que podemos hacer.

El delfín nos arrastró durante toda la noche. Por suerte, el mar permaneció en calma.

Volvimos a dormir en el bote, y cuando abrí los ojos por la mañana, todo estaba gris, neblinoso.

Oí al delfín gorjear, como si estuviera hablándonos.

El sol estaba a punto de salir. El mar se hallaba cubierto de un espeso manto de niebla.

El delfín asomó la cabeza a un lado del bote. Se había desprendido de la cuerda y ahora era libre. Con un chapoteo, se alejó nadando. Enseguida desapareció entre la espesa niebla.

Miré a mi alrededor. Apenas distinguía nada más allá del bote.

Aunque seguíamos en alta mar, me pareció vislumbrar algo cerca. Era algo grande y blanco. Parecía un barco.

Me dio un vuelco el corazón. «¡Oh, no! —pensé—. Creo que no es la primera vez que lo veo.»

Volví a cerrar los ojos, deseando que desapareciera. Pero cuando los abrí de nuevo, allí estaba.

«¡No! ¡No puede ser! ¡Es demasiado horrible!»

Sacudí al doctor D.

—¡Despierta! —grité—. ¡Mira dónde estamos!

Mi tío abrió los ojos.

—¿Eh? —farfulló—. ¿Dónde estamos?

—¡El delfín ha vuelto a traernos aquí! —gimoteé—. ¡Al barco del doctor Ritter!

28

—¡Oh, no! —se lamentó Sheena—. ¡Otra vez no!

—¿Qué vamos a hacer? —pregunté.

—¡Chiss...! —susurró el doctor D.—. Mantened la calma. No saben que estamos aquí. Tal vez podamos alejarnos de alguna forma.

—¿Alejarnos? —exclamé yo—. ¿Adónde?

—¡No aguanto en este bote ni un minuto más! —insistió Sheena—. ¡Quiero irme a casa!

—¡Vaya delfín más tonto! —murmuré—. ¡Pensaba que los delfines eran inteligentes! ¡No puedo creer que nos haya traído hasta el barco del doctor Ritter!

La niebla nos envolvía como un espeso manto gris. Se aclaraba y volvía a espesarse, dando la impresión de que el barco del doctor Ritter parpadeaba.

El bote de goma se acercó tanto al barco que casi se topó con el casco de proa.

Me pareció ver una palabra escrita. En efecto, aparecía el nombre del barco.

Me esforcé por leerlo. Distinguí las primeras letras. C-A-S...

«¿Eh?»

—¡Doctor D.! —grité—. No es el barco del doctor Ritter. ¡Es el nuestro! ¡Es el *Cassandra*!

Mi tío forzó la vista.

—¡Sí! —gritó—. ¡Tienes razón, Billy!

¡Estábamos a salvo! Sheena y yo nos pusimos en pie de un salto

y empezamos a bailar.

—¡Estamos en casa! ¡Estamos en casa! —cantamos.

El bote salvavidas se bamboleó bajo nuestros pies.

—¡Caray! —grité—. ¡Casi volcamos!

—¡Sentaos, chicos! —nos ordenó el doctor D.—. Estamos a dos palmos de salvarnos. Sería muy absurdo ahogarse ahora.

Acercamos el bote a nuestro barco y subimos a bordo.

Aunque estaba cansadísimo, no pude evitar ponerme a bailar en la cubierta del *Cassandra*.

Sheena y yo chocamos las manos.

—¡Nada puede detenernos! —gritaba ella—. ¡Ni una tempestad nocturna en alta mar! ¡Ni atracar en una isla desierta! ¡Nada!

El doctor D. se echó a reír.

—Estoy impaciente por ducharme y meterme en la cama. Pero antes voy a preparar un megadesayuno para todos.

—¡Tortitas! —sugerí.

—¡Eso, eso! ¡Muchas tortitas! —exclamó Sheena.

—El desayuno va a tener que esperar —sentenció alguien con una voz muy grave.

Nos quedamos paralizados al ver salir de la cabina al doctor Ritter.

—Pronto dejarán de tener hambre —se mofó.

—¡No puedo más! —gimoteó Sheena. Los ojos se le inundaron de lágrimas.

—¡Cállate! —le espetó el doctor Ritter.

Mi tío puso las manos en los hombros de Sheena para hacerla callar.

—¿Dónde están sus ayudantes? —le preguntó al doctor Ritter.

—Eso no es asunto suyo. Ya no los necesito. Puedo ocuparme de vosotros yo solo —respondió él—. Estáis agotados y sin fuerzas, ¿verdad? Incluso usted, doctor Deep. Es lo que suele ocurrir cuando uno se pasa dos días en ayunas.

Miré a mi tío. Comprobé que parecía exhausto.

—¡Adelante! —prosiguió el doctor Ritter—. Volved al bote. Si es que os atrevéis.

Contemplé el bote de goma. Ritter sabía lo que se hacía. Me habría tomado una cucharada de aceite de ricino antes que volver a

meterme ahí.

—¿Qué es lo que quiere ahora, doctor Ritter? —Aunque estaba agotado, mi tío aún tenía fuerzas para enfadarse—. ¿Por qué nos ha esperado aquí?

El doctor Ritter frunció el ceño.

—No puedo permitir que viváis. No puedo permitir que le contéis al mundo lo que sabéis de mi plancton.

—¡Le prometimos que no lo contaríamos! —gritó Sheena—. Mire, se lo juro. —Alzó la mano como si fuera a jurar sobre la Biblia.

El doctor Ritter se echó a reír.

—Eres muy divertida. Siento muchísimo que esto tenga que acabar así. En serio.

Al fin el sol se abrió paso a través de la niebla. Me estremecí. Ya no tenía frío ni estaba mojado pero el doctor Ritter me daba escalofríos.

—¡Todos abajo, al laboratorio! —ordenó—. ¡Andando!

Nos obligó a bajar las escaleras y a entrar en el laboratorio de mi tío.

Ritter se detuvo frente al armario que contenía los frascos de plancton.

—Creo que éstas son las muestras de plancton que usted recogió, doctor Deep —aventuró—. ¿Me equivoco?

Mi tío asintió.

—Bien. Ha recogido muchas. Mi trabajo debía de interesarle mucho.

—Naturalmente —repuso mi tío—. Soy científico.

—Sí —susurró el doctor Ritter—. Es usted científico. Tiene usted una gran sed de conocimientos, ¿no es así?

Mi tío asintió despacio.

—Excelente. Usted me preguntó sobre los efectos secundarios de mis experimentos con el plancton, doctor Deep. Sobre los fallos que aún no he solucionado. Creo que ha llegado la hora de mostrarle cuáles son.

El doctor Ritter abrió la puerta del armario.

—Cuando los peces comen el plancton se hacen enormes. —Señaló los frascos de plancton alineados en las estanterías—. Eso ya

lo ha visto, ¿verdad? Pero ¿qué cree que ocurre cuando un ser humano ingiere el plancton? ¿Billy? ¿Alguna sugerencia? —nos preguntó.

Probé suerte.

—Esto... ¿se convierte en un gigante?

—¡No! —exclamó el doctor Ritter—. ¿Sheena? ¿Qué opinas tú? Sheena se encogió de hombros.

—Me importa un rábano.

—Pues debería importarte, Sheena —le contestó él—. Porque sea lo que sea, va a sucederte a ti.

Se volvió hacia mi tío.

—¿Doctor Deep? ¿Alguna propuesta? ¿O ya lo ha averiguado en sus experimentos?

—Dígame lo que ocurre sin más preámbulos, doctor Ritter —le espetó mi tío con impaciencia.

—Está bien, se lo diré. Cuando un ser humano ingiere el plancton, ¡se convierte en pez!

—¿Cómo? —grité yo.

—¿Qué es esto, un cuento chino? —protestó mi tío.

El doctor Ritter no nos hizo caso.

—¡Los seres humanos se convierten en peces! —repitió—. ¡Casi al instante! Y son peces durante el resto de su vida.

—¡Eso es imposible! —protestó mi tío—. Está usted loco, doctor Ritter. Déjenos llevarlo a tierra firme para que puedan atenderlo.

—Le demostraré quién es aquí el loco —afirmó Ritter—. ¡Se lo demostraré!

Me agarró por el pescuezo.

—¡Eh! ¡Suélteme! —grité.

Él no dijo nada. Se limitó a llevarme junto al armario de vidrio. Me puso la cara ante una hilera de frascos. Todos ellos llenos de turbio plancton marrón.

—Elege un frasco, Billy —ordenó—. El que tú quieras.

Volvió a empujarme hasta que casi volqué un frasco con la frente. Luego me soltó.

—¡Adelante! —repitió—. ¡Escoge uno!

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Por qué quiere que elija un frasco?

—Te diré por qué —dijo el doctor Ritter—. Porque vas a

bebértelo, Billy. De cabo a rabo.

29

Me quedé mirando los frascos.

—¡Elige uno, Billy! —insistió el doctor Ritter—. O lo haré yo y te obligaré a bebértelo.

No tenía elección. Decidí quedarme con el último frasco de la estantería intermedia.

Lo miré fijamente. Contenía un líquido viscoso entre amarronado y verdoso. No era exactamente el desayuno que había previsto.

—Espere a ver esto, doctor Deep —anunció. Me miró con los ojos brillantes—. La hormona de crecimiento reacciona con el plancton de una forma muy extraña —explicó—. En cuanto el chico se lo beba, se convertirá en pez. Es cuestión de un par de minutos.

Me arrebató el frasco. Lo abrió y me lo devolvió.

—¡Bebe!

Me llevé el frasco a los labios.

—¡No! —gritó Sheena.

Mi tío tapó la boca del frasco con una mano.

—¡Espera, Billy! —me ordenó—. Esto es ridículo, doctor Ritter. Debe acabar con esta insensatez ahora mismo y dejarnos marchar.

—No puedo hacerlo. Ya le he explicado la razón —respondió él.

—Necesita ayuda, doctor Ritter —dijo mi tío—. Está ofuscado. Usted es un hombre inteligente. Podría ser un gran científico.

—Soy un gran científico —insistió él—. ¡Estoy a punto de demostrárselo! ¡Bebe, Billy!

Mi tío todavía tapaba el frasco con la mano.

«Gracias, doctor D.», pensé.

—No puede ser un gran científico si hace daño a los seres humanos —insistió mi tío—. Déjenos marchar. Conseguiremos la ayuda que necesita. Luego podrá hacer de este mundo un mundo mejor.

—Es usted un imbécil, doctor Deep —se burló Ritter—. Va a ser el próximo en convertirse en pez. En cuanto acabe con el muchacho.

Le apartó la mano del frasco.

—¡Bébetelo el plancton, Billy! —me ordenó—. O voy a echaros a todos por la borda.

Agité el líquido marrón y tragué saliva. Tenía un aspecto verdaderamente nauseabundo.

¿Pero qué otra alternativa tenía? Morir ahogado o bebérmelo...

Me tembló la mano cuando me llevé el frasco a los labios.

Me lo bebí de un sorbo.

30

Puse cara de asco. Temblé de pies a cabeza.

Luego me quedé rígido. Con todos los músculos tensos, aguardando.

Los demás no me quitaban ojo. Tampoco ellos se movían.

A Sheena le temblaba la barbilla.

—¡No quiero que te conviertas en pez, Billy! ¿Por qué te lo has bebido? ¿Por qué no lo has tirado al suelo?

—Me habría obligado a beberme otro —respondí roncamente. Aún tenía el sabor del líquido en la boca. Lo notaba burbujeándome en el estómago.

Pasó al menos un minuto. Y después transcurrió otro más.

—Muy bien —dijo el doctor Ritter—. Debería suceder... ¡ahora!

Me señaló. Yo seguía allí, y continuaba siendo humano.

—No veo ningún cambio —observó mi tío.

—Espere un minuto más —insistió el doctor Ritter—. Sé que funciona. Lo probé con mi ayudante, Mel, anoche. Ahora mismo está en el mar, ¡persiguiendo a un pez vela!

La habitación se quedó en silencio mientras todos aguardábamos a que yo me convirtiera en pez.

Tenía una ligera sensación de náusea. Aparte de eso, nada. Suspiré y cambié de postura.

—Ya han pasado más de cinco minutos, Ritter —anunció mi tío—. Parece que su plancton no surte ningún efecto.

El doctor se puso furioso.

—¡No! Eso es imposible. ¡Funciona! ¡Sé que funciona!

Me agarró y me zarandeó.

—¡Pez! ¡Conviértete en pez!

Lo aparté de un empujón. Tropezó y cayó hacia atrás, por lo que mi tío aprovechó para abalanzarse sobre él.

—¡Ya es mío!

El doctor Ritter lo apartó de un empujón, y se hizo con un frasco de plancton. Lo alzó por encima de su cabeza.

—¡Cuidado, doctor D.! —gritó Sheena.

Ritter blandió el frasco.

Mi tío se agachó.

Yo le arrebaté el frasco al doctor Ritter. Mi tío se abalanzó sobre él, pero éste lo esquivó y salió corriendo del laboratorio.

—¡Sube a cubierta! —gritó Sheena.

Corrimos tras él. Mi tío lo derribó, y el doctor Ritter rodó por la cubierta. A continuación, saltó sobre mi tío.

Empezaron a forcejear. Yo dejé el frasco de plancton.

—¡Suéltelo! —grité yo, mientras intentaba separarlos.

El doctor Ritter me apartó de un codazo.

Mi tío lo agarró y rodaron por la cubierta.

—¡Doctor D., cuidado! —grité. Estaba a punto de caerse por la borda.

Con un gruñido, mi tío se puso en pie de un salto. Se abalanzó sobre el doctor Ritter y lo inmovilizó en el suelo.

—¡Ve a buscar una cuerda, Billy! ¡Deprisa! —me urgió.

Le llevé la primera cuerda que encontré en la cubierta.

—¡Átalo! —me ordenó mi tío—. Sheena..., ayúdame a sujetarlo.

Sheena tomó carrerilla y saltó sobre el doctor Ritter.

—¡Mi estómago! —se quejó.

Sheena se sentó encima de él. Mi tío sujetó por los brazos mientras yo empezaba atarlo por las muñecas.

El doctor D. me había enseñado algunos nudos marinos el verano anterior. Me estaba devanando los sesos para intentar recordarlos.

«¿Cómo era? —pensé atenazado por el miedo—. ¿Por encima, por debajo, una vuelta?»

El doctor Ritter se revolvió debajo de Sheena.

—¡Deprisa, Billy! —esperó mi hermana.

—¡Eso intento! —repliqué.

—¡Se acabó, Ritter! —sentenció mi tío—. Vamos a entregarle a la guardia costera internacional.

«¿Por encima, por debajo, una vuelta?»

—¡No! ¡No lo harán! —gritó el doctor Ritter. Se quitó a Sheena de encima, la cual rodó por la cubierta.

Ritter se soltó las manos y apartó a mi tío de un empujón.

Mis deplorables nudos no habían servido de nada.

Mi tío intentó atraparlo. Pero el doctor Ritter lo esquivó y se alejó a gatas. Encontró el frasco de plancton.

Se puso en pie y nos lo mostró.

—¡Nunca podrán entregarme! —declaró.

Luego abrió el frasco, se lo llevó a la boca y se lo bebió de un solo trago.

31

—¡Funciona! —exclamó el doctor Ritter—. ¡Se lo demostraré!
Tiró el frasco, que se hizo añicos contra el suelo.

—No puede engañarnos, doctor Ritter —afirmó Sheena—. Ahora sabemos que su mejunje no funciona. Hemos visto cómo se lo bebía Billy.

De repente, Ritter empezó a temblar de pies a cabeza. Muy pronto, su piel adquirió una tonalidad gris azulada.

—¡Surte efecto! —exclamó mi tío.

La piel del doctor Ritter empezó a agrietarse. A continuación, le salieron escamas. Los rayos de sol se reflejaron en ellas. Empezó a encogerse el cuerpo. La ropa resbaló por sus lisas escamas plateadas. Se le cayó el pelo. Se le aplanó la cabeza. El cuerpo entero se le encogió y se le aplanó.

—¡Funciona! —exclamé—. ¡Está convirtiéndose en pez!

Los brazos del doctor Ritter se transformaron en aletas y las piernas se fusionaron formando la cola.

Empezó a dar coletazos en la cubierta. Clavó en nosotros un ojo plano y vidrioso.

—¡Es un pez! —gritó Sheena—. ¡No puedo creerlo!

Dando un fuerte coletazo, el pez saltó al agua.

Lo vimos nadar bajo la superficie.

—¡Detenedlo! —grité—. ¡Se escapa! ¡No podemos dejarle escapar! —Fui a buscar las aletas. Pero mi tío me apretó el hombro.

—No, Billy. Está bien. Déjalo marchar.

—¿Eh? ¿Cómo?

—Ya has oído lo que ha dicho, Billy. El doctor Ritter será un pez durante el resto de su vida —explicó—. Ya no puede hacerle daño a nadie.

Me quedé mirando el pez plateado, que chapoteó en el agua y se alejó nadando.

—¡Caramba! —exclamó Sheena, apretándose las mejillas con ambas manos.

Mi tío nos rodeó con los brazos.

—Supongo que la aventura ha terminado —suspiró—. No había pasado tanto miedo en mi vida.

Sheena y yo le dimos la razón.

—Yo estoy asustado... y asombrado —le confesé a mi tío—. Nunca olvidaré las cosas tan extrañas que hemos visto esta semana.

Bajamos con el doctor D. al interior del barco para ayudarle a preparar el desayuno. Se detuvo en su laboratorio.

—¡Qué desastre! —suspiró—. Ya lo limpiaré después.

Sheena se dirigió al armario que contenía los frascos de plancton. Me miró con los ojos entornados.

—¡Eh, Billy! Tú también te has bebido un frasco de plancton.

—Sí. ¿Y qué? —contesté, encogiéndome de hombros.

—Entonces, ¿por qué no te has convertido tú en pez como el doctor Ritter? —preguntó.

—Ya lo sabes —bromeé.

—No, no lo sé.

—Sí que lo sabes. Es que yo no soy humano. Soy sobrehumano.

Sheena me dio un puñetazo en el estómago.

—Venga. Dime el verdadero motivo.

Mi tío se cruzó de brazos.

—Sí, Billy. Cuéntanoslo. Soy todo oídos.

Me reí maliciosamente.

—Bueno, te lo debo a ti, Sheena.

—¿A mí?

—¡Sí, sí! Estaba enfadadísimo después de que me hicieras aquella jugarreta. Ya sabes, la de meterme una cabeza de muñeca en mi pecera.

Sheena se echó a reír.

—Ja-ja-ja. Para morirse de risa. En fin, me pasé el día y la noche

enteros intentando pensar en una buena jugarreta para vengarme de ti.

—Eso es normal en ti, Billy —comentó Sheena—. ¿Qué tiene de especial?

Di unos golpecitos en el armario.

—Tuve una gran idea. Escogí un frasco y vacié el plancton.

Mi tío hizo una mueca.

—¿Que hiciste qué?

—Lo siento, doctor D. —me disculpé—. Imaginé que teniendo tantos, no lo echarías en falta.

—Sigo sin entenderlo —reconoció Sheena—. ¿Qué más?

—Limpié el frasco. Luego lo rellené con té helado —expliqué—. Iba a traerte aquí y a decirte: «¡Eh, Sheena! ¿Quieres ver cómo bebo plancton?» Luego me bebería el té helado de un solo trago y ¡tú te morirías de asco!

—¡Yo no me habría muerto de asco! —protestó mi hermana.

—Seguro que sí —insistí—. ¡Habrías dejado el suelo lleno de vómitos!

—¡No es verdad!

Mi tío nos interrumpió.

—¿Metiste un frasco de té helado en el armario del plancton? Entonces, cuando el doctor Ritter te pidió que escogieras uno...

—¡Así es! —grité—. ¡Elegí el frasco de té helado!

Sheena se echó a reír. Lo hizo con tantas ganas que casi se asfixia.

—Ya sé que tiene gracia —dije—. Pero ni tan siquiera a mí me hace tanta.

Mi hermana recuperó el aliento.

—¡No puedo creerlo! —exclamó—. Tú y yo estamos empezando a pensar igual, Billy.

—¿A qué te refieres?

—¡Yo también iba a hacerte la misma jugarreta! También había puesto té helado en uno de los frascos. ¡Mira!

Sacó un frasco de un extremo del armario, le quitó el tapón y se lo bebió de un trago.

Mi tío y yo nos quedamos mirándola con la boca abierta.

Sheena puso una cara extraña. Tenía los ojos desorbitados. Se

puso las manos en el estómago.

—¡Oye! —gimoteó—. ¿Me he bebido el frasco correcto?



R. L. STINE. Nadie diría que este pacífico ciudadano que vive en Nueva York pudiera dar tanto miedo a tanta gente. Y, al mismo tiempo, que sus escalofriantes historias resulten ser tan fascinantes.

R. L. Stine ha logrado que ocho de los diez libros para jóvenes más leídos en Estados Unidos den muchas pesadillas y miles de lectores le cuenten las suyas.

Cuando no escribe relatos de terror, trabaja como jefe de redacción de un programa infantil de televisión.